

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

VETERANO DEL AMOR

Ray Lester



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

Macu Ortigosa, veintiocho años, anchas espaldas de atleta, cabellos negrísimos y rostro de granuja simpático, golpeó el mostrador con el vaso que tenía en la diestra.

—Otro chupito, José.

El camarero mexicano se movió detrás de la barra y puso delante de Ortigosa una jarra de cerveza. Luego llenó una copa de coñac y la vació en la blanca espuma que llegaba hasta el borde de la jarra.

Macu Ortigosa dio una cabezada de aprobación.

—No tendrías que morirte nunca, José.

El camarero hizo una mueca.



Ray Lester

Veterano del amor

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1477

ePub r1.0

Lds 03.01.18

Título original: *Veterano del amor*

Ray Lester, 1978

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



Al Dr. Nario Castro Llorens y su equipo, con sincero afecto
y agradecimiento.

Ray Lester

PRÓLOGO

El sedan oscuro abandonó Lisboa rodando a moderada velocidad en dirección oeste. Llevaba subidos los cristales de las ventanillas porque, procedente del Atlántico, soplaban un helado airecillo bastante molesto. El conductor fumaba pausadamente con la frente arrugada en evidente expresión preocupada.

Viajaba solo.

Era la condición impuesta por Jernej Vodnik para celebrar la entrevista. Frederick Bingham debía acudir sin ninguna compañía a la cita concertada. Una cita en la que el yugoslavo informaría al hombre de la CIA de los detalles imprescindibles que los norteamericanos deberían llevar a cabo, si deseaban poseer los codiciados documentos que tenía en su poder.

Bingham conducía pensando que iba a necesitar de todo su poder persuasivo en la entrevista con Vodnik. Tenía órdenes concretas de sus jefes y autonomía absoluta para decidir. Pero, al mismo tiempo, sabía que en Langley no le perdonarían un fallo.

Estados Unidos se jugaba demasiado en el envite.

Las *muestras* facilitadas por Vodnik en la primera entrevista resultaron muy positivas para el servicio de espionaje norteamericano. Y estaban inusitadamente interesados en adquirir el material ofrecido por el yugoslavo.

A toda costa.

Y a toda costa significaba sin reparar medios, jugando sucio si la ocasión lo precisaba. De momento, siguiendo el plan trazado, debían mostrarse condescendientes y seguir el juego al traidor espía yugoslavo.

Además, no podían hacer otra cosa. Pero la CIA no renunciaba ni mucho menos, a tomar la iniciativa y actuar contundentemente al

menor fallo que tuviese Vodnik. Eso sería en el momento adecuado, cuando no existiera posibilidad de error. Ahora no tenía otra alternativa que ceder, sin reparos, a las exigencias del individuo.

Le constaba a Frederick Bingham.

No podía cometer una equivocación y poner en peligro el resultado final de la operación. Debería adoptar el máximo de precauciones y meditar bien cada palabra antes de pronunciarla.

Jernej Vodnik estaría lógicamente receloso.

El vehículo conducido por el hombre de la CIA siguió rodando a unos setenta kilómetros hora por aquella pintoresca carretera litoral. A la derecha, sobre suaves colinas que arrancaban casi en la misma cinta asfaltada, se veían las luces de innumerables quintas de recreo. Y a la izquierda, la playa con sus clásicos merenderos y algunos restaurantes de superior categoría. Frederick Bingham conocía a fondo cada rincón de aquella famosa costa y comprobaba con cierta nostalgia que había conocido tiempos mejores.

Ahora todo era diferente.

Aminoró la marcha al entrar en Estoril y echó una ojeada a su cronómetro. Las manecillas indicaban que faltaban tres minutos para la medianoche. Poco después apareció a su derecha el suntuoso edificio del casino y le dirigió una melancólica mirada.

Unos ciento cincuenta metros más adelante giró el volante saliéndose de la carretera y enfiló una estrecha calle empinada. Llegó a una pequeña plaza y detuvo el coche junto a un viejo tilo. Paró el motor y, girando la cabeza, miró en todas direcciones sin descubrir nada que llamara su atención.

Casi respingó sorprendido cuando un individuo abrió la puerta delantera derecha y se introdujo rápidamente en el vehículo tomando asiento a su lado. Llevaba las solapas del abrigo subidas y un sombrero con el ala echada sobre el rostro.

Antes de que Bingham pudiera hablar, dijo el recién llegado:

—No hace falta mencionar nombres, ¿comprendido?

El hombre de la CIA lo miró unos segundos en la penumbra del interior del coche y luego dejó escapar una risita.

—Sigue temiendo que tenga un micrófono escondido, ¿verdad?

El sujeto se limitó a replicar secamente:

—No me fío en absoluto de ustedes —hizo una corta pausa y preguntó—: ¿Qué han dicho sus jefes?

—El material les interesa, en principio.

—¿Cómo que en principio...?

El hombre de la CIA estaba tranquilo. Con ambas manos apoyadas en el volante una vez hubo identificado a Vodnik. Ante la sorpresa del yugoslavo, dijo pausadamente:

—Si el resto que posee es igual que la muestra examinada, les interesa.

—De eso pueden estar seguros.

Bingham dejó escapar un suspiro.

—En este negocio nunca se puede estar seguro del todo, amigo.

—Tendrán que correr ese riesgo.

—Ya.

Frederick Bingham sacó un paquete de cigarrillos y lo ofreció al otro. Vodnik negó con la cabeza y el norteamericano se puso uno en los labios, encendiéndolo.

—Escuche... —empezó a decir tras exhalar una bocanada de humo—. Si por el momento ha pensado que puede engañarnos, olvédolo. Le aconsejo a usted que juegue limpio o...

El espía yugoslavo hizo un ademán de contrariedad interrumpiéndole.

—Ustedes, los yanquis, son muy dados a las amenazas, ¿verdad? Pero en este caso sobran. Yo tengo algo que les interesa y estoy dispuesto a vender si aceptan mi precio. La cosa es así de sencilla y no tiene otra alternativa que tomarlo o dejarlo.

Bingham aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Ya le he dicho que nos interesa.

—De acuerdo —sonrió secamente el yugoslavo—. ¿Están dispuestos a pagar los quinientos mil dólares?

—Ése es el precio, ¿no?

Vodnik tardó un poco en contestar.

—Una parte del precio —dijo lentamente—. Pero hay otra condición indispensable, además del dinero...

Bingham se giró mirándole sorprendido.

—Usted dijo...

—Yo le dije que quería medio millón de dólares. Ahora añado que ese dinero me lo tiene que entregar Jenko Kette. Sólo a él le daré los documentos a cambio de la cantidad estipulada. Y no estoy dispuesto a negociar ese punto.

Frederick Bingham apretó los labios y se mantuvo unos instantes en silencio con la mirada puesta en el yugoslavo. Luego barbotó una maldición entre dientes y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Me temo que esto no será posible.

—Peor para ustedes.

—Jenko Kette murió en la prisión donde se encontraba.

Vodnik rió bajito.

—Ahora me dirá que sufrió un ataque cardíaco, ¿verdad?

—Escuche...

—Escuche usted —le cortó el yugoslavo—. Hoy estamos a cinco. Diga a sus jefes que, si de veras desean el material, Jenko Kette, tiene que estar en Lisboa el próximo día quince. Y traer consigo el medio millón de dólares.

Bingham dio un manotazo al volante.

—Esto lo cambia todo, ¡maldita sea! —masculló furioso—. ¿Qué se propone con esa descabellada idea de que Kette venga a Lisboa?

El yugoslavo volvió a reír en tono quedo.

—¿Está admitiendo que Jenko sigue vivo?

—¡No, infiernos! —Gruñó Bingham—. Jenko Kette fue detenido en Estados Unidos y en el juicio que siguió se demostró plenamente que pertenecía a la KGB. Un tribunal lo condenó a mi te y la sentencia se llevó a cabo sin que se diera demasiada publicidad al asunto. Lo que usted pide es imposible.

Vodnik meditó unos segundos sus siguientes palabras.

—No creo lo que está diciendo —rechazó—. Cuando se caza a un espía siempre se piensa en el canje y se le mantiene con vida.

—En el caso de Kette se desestimó esa posibilidad. Mis jefes siguieron el criterio de que un espía de nacionalidad yugoslava no sería interesante para los rusos.

—Ya.

—Lo que le estoy diciendo es la pura verdad —insistió Bingham—. Pero en el caso de que Jenko Kette estuviese con vida, mis jefes no accederían a su petición. Si han pensado que podrían liberarlo, cometen un error.

—¿Cometen...? —Arqueó las cejas Vodnik—. ¿Acaso supone que la KGB me respalda?

Bingham emitió un gruñido.

—No descarto esa posibilidad.

—Pues se equivoca usted —meneó la cabeza Vodnik—. Estoy solo en este asunto.

—¿Qué interés tiene en Jenko Kette?

El yugoslavo tardó un poco en contestar.

—Eso es cosa mía.

Hubo un silencio entre los dos hombres y, al prolongarse, lo rompió Bingham diciendo:

—La operación puede llevarse a cabo, de todas formas. Sólo tiene que decir en qué condiciones debemos hacer el cambio.

—Sin Jenko no hay operación.

El hombre de la CIA procuró dominar su furia que empezaba a crecer dentro de su pecho. Haciendo un esfuerzo trató de mostrarse persuasivo frente a su interlocutor.

—Le he dicho que Jenko Kette ha muerto —dijo, calmoso—. Pero medio millón de dólares es mucho dinero para rechazarlo. No tiene objeto seguir insistiendo con Kette, puesto que no existe.

Vodnik encogió los hombros y dejó escapar un leve suspiro.

—En ese caso, lo siento por ustedes —dijo, aparentemente resignado—. Yo me quedo sin ese dinero y ustedes pierden un material de vital importancia.

—No sea absurdo.

Los ojos del yugoslavo brillaron inusitadamente en la penumbra del interior del vehículo. Se clavaron como dardos en Bingham mientras silabeaba despacio.

—Yo no creo esa patraña de que Jenko haya muerto, amigo. Permaneceré en Lisboa hasta el día quince y sabré si Jenko ha llegado tan pronto pise la ciudad. Si no viene, desapareceré y nunca volverán a saber de mí. Tienen diez días para saber lo que les conviene.

—Pero...

—No existe otra alternativa —hizo un brusco ademán Vodnik—. O Jenko viene a entregarme el medio millón o no se realiza la operación. Si deciden enviarlo, yo me pondré en contacto con ustedes, tan pronto se encuentre en Lisboa.

Sin esperar a que Bingham pudiese hablar, abrió el espía yugoslavo la portezuela del coche y bajó, alejándole a toda prisa de allí.

CAPÍTULO PRIMERO

Macu Ortigosa, veintiocho años, anchas espaldas de atleta, cabellos negrísimos y rostro de granuja simpático, golpeó el mostrador con el vaso que tenía en la diestra.

—Otro chupito, José.

El camarero mexicano se movió detrás de la barra y puso delante de Ortigosa una jarra de cerveza. Luego llenó una copa de coñac y la vació en la blanca espuma que llegaba hasta el borde de la jarra.

Macu Ortigosa dio una cabezada de aprobación.

—No tendrías que morirte nunca, José.

El camarero hizo una mueca.

—A ti te tendrán que hacer el traje de madera si sigues bebiendo esas porquerías, Macu.

Pero Ortigosa no le hizo el menor caso y sorbió con deleite la mezcla de cerveza y coñac. Se bebió la jarra de un tirón y, al dejarla sobre el mostrador, resolló satisfecho.

—Cerdo.

Macu Ortigosa se pegó un manotazo en la oreja porque le pareció escuchar un insulto a su espalda. Con seis chupitos dentro del cuerpo no podía estar seguro de nada, pero la expresión que se plasmó en el rostro de José era significativa.

—Da la cara, cerdo.

Ya no tuvo duda de que se avecinaba bronca gorda.

Empezó a volverse lentamente sabiendo que iba a encontrarse con Pedro Gozalo. No fue ninguna sorpresa. Y tampoco fue sorpresa que Pedro Gozalo se hiciese acompañar de los dos jóvenes gorilas que lo flanqueaban.

Aquel Pedro Gozalo era un macho.

Ortigosa echó una ojeada a los dos energúmenos que, con los puños prietos, aguardaban una señal de Gozalo para liarse a trompazos con él. Sospechó que la cosa iba a estar complicada porque con la cantidad de cerveza adulterada que tenía en el cuerpo sus movimientos no serían tan eficaces como hubiera deseado.

Al girarse había conservado en la diestra la jarra vacía.

Después de examinar a los dos gorilas puso los ojos en Gozalo y forzó una sonrisa.

—¿Qué hay, cuñado?

Pedro Gozalo adelantó el mentón y masculló, torvo:

—Rita me lo ha dicho todo, cerdo.

Macu Ortigosa arqueó las cejas fingiendo asombro.

—¿Todo...? Esa hermana tuya no tiene pelos en la lengua, ¿eh, Pedrito?

—Vais a dejar de ser novios, cerdo.

Ortigosa encogió los hombros displicente.

—Bueno...

—A partir de hoy seréis marido y mujer.

—Límpiate que estás de huevo, Pedrito. ¿Quién te ha dicho que soy imbécil para casarme con tu hermana?

—Rita espera un niño.

A espaldas de Ortigosa, preguntó el camarero:

—¿Llamo a la policía, Macu?

—Cuando me hayan partido un brazo, José —respondió Ortigosa, sin perder de vista a Gozalo—. Se agradece la intención, pero lo que debes hacer es esconder las botellas que valgan algo.

Pedro Gozalo dio un paso al frente acercándose más a Ortigosa.

—Mi hermana dice que el niño es tuyo, cerdo.

—No soy el único que ha retozado con tu hermana, Pedrito. Tu futuro sobrino puede ser negro, amarillo o blanco. Tendrás que esperar a verlo y echarlo a suerte después.

Gozalo crispó los maxilares.

—Voy a darte la gran zurra, cerdo asqueroso.

Ortigosa rió, incisivo.

—Y quieres hacerlo ante notarios, ¿eh? Lo digo por los dos muchachos que te has traído.

—Ellos han venido desinteresadamente a echarme una mano. No soportan las injusticias.

—Mierda para ti, Pedrito. Te has gastado veinte dólares en contratarles y no te servirá de nada.

Uno de los gorilas enseñó un puño a Ortigosa.

—Vas a tragarte unas cuantas muelas, amigo.

—No me digas. ¿Os ha prometido Gozalo que luego retozaréis con su hermana?

Súbitamente disparó el hermano de Rita la derecha.

Macu Ortigosa ladeó con rapidez la cabeza y el puño de Gozalo pasó rozándole la oreja izquierda.

Al fallar el golpe quedó descubierto Gozalo.

Y Ortigosa le clavó la zurda en el hígado con todas sus fuerzas. Gozalo boqueó encogiéndose bruscamente con el semblante de un limón y dos lagrimones rodaron por sus mejillas.

El gorila de la izquierda agachó la cabeza dispuesto a embestir.

Ortigosa vislumbró al ataque y movió el brazo derecho a la velocidad de un meteoro. La jarra vacía se hizo añicos al estrellarse en el temporal del tipo, que dobló las rodillas dejando escapar un gemido. La sangre brotó, escandalosa, cubriéndole parte del rostro.

Las primeras escaramuzas fueron totalmente favorables a Macu Ortigosa, pero al agitarse la cerveza y el coñac que llevaba en el estómago, empezó a perder reflejos. Por eso no pudo evitar el mazazo que desde la derecha le lanzó el otro gorila.

Sintió un fuerte golpetazo en el cuello y chocó de espaldas contra el mostrador. Sacudió la cabeza tratando de despejar la turbia visión y de pronto un puño se le incrustó en el estómago.

Escuchó que el idiota de José gritaba:

—¡Ya son tuyos, Macu!

Las piernas se le doblaron como si fueran de trapo.

Y mientras se derrumbaba pesadamente entrevió un rostro enemigo cerca del suyo. Instintivamente adelantó la frente buscando la nariz contraria y a juzgar por el súbito dolor que experimentó entre las cejas, tuvo la sospecha de haber alcanzado a su enemigo.

La maldición que llegó a sus oídos lo confirmó.

—¡Maldito bastardo...!

Sabiendo lo que podía ocurrir, rodó por el suelo y lo hizo a tiempo de esquivar un aleroso patadón. De pronto se encontró en el suelo con Gozalo y sin pensarlo dos veces le pegó un rodillazo en el

aparato genital. Acto seguido escuchó el gran aullido de dolor que soltó el hermano de Rita.

Recuperado en parte, comenzaba a levantarse cuando vio que el individuo con un lado del rostro sangrando, venía a toda velocidad en dirección a él. Tuvo el tiempo justo de hacerse a un lado y dejarlo pasar convertido en un obús.

El fulano continuó su incontrolada carrera hasta que llegó al mostrador y le sacudió un testarazo que lo hizo temblar de un extremo a otro. Quedó tendido en el suelo como un fardo.

Un enemigo menos por el que preocuparse.

Frente a él, sólo quedaba en pie el otro sujeto contratado por Gozalo.

Y lo miraba ceñudo sangrando por la nariz.

Sin decidirse a embestir.

Ortigosa le enseñó los dientes, invitando sonriente:

—Adelante, cabrito sofisticado.

—El cabrito lo será tu padre.

—Sí, hombre, sí. Pero ven a mi lado y sácame unas cuantas muelas. ¿No fue eso lo que dijiste?

El tipo se decidió a iniciar lentamente el avance. Ortigosa lo dejó venir sin moverse del sitio, haciendo que se confiara. Pero cuando lo tuvo cerca dio un par de pasos adelante y fintó con la cintura desconcertándolo. El otro se asustó y descargó unos cuantos puñetazos al aire.

Ortigosa le permitió desahogarse y luego levantó la pierna derecha estrellando el zapato con inusitada violencia en la ingle del matón. Éste emitió un alarido y se puso a saltar sobre la otra pierna de forma alocada.

—¡Cuidado, Macu...!

El aviso del camarero José llegó demasiado tarde.

Pedro Gozalo se había levantado renqueante y cogiendo una botella del mostrador se lanzó sobre la espalda de Ortigosa. El joven había empezado a girarse cuando la botella se pulverizó contra su cabeza. Sintió un agudo pinchazo en la nuca y todo fue tinieblas a su alrededor.

Cayó al suelo de rodillas y apoyando las manos planas en el piso resolló como un toro herido. Entre nubes algodonosas vio que Gozalo sujetaba una silla por el respaldo y la levantaba sobre su

cabeza.

Sólo tenía una posibilidad de salvación.

Sacando fuerzas de flaqueza se incorporó a medias y se lanzó hacia Pedro Gozalo con la cabeza por delante. Consiguió su propósito de aplicar un tremendo testarazo en el bajo vientre de su enemigo, que rodó como un ovillo llevándose mesas y sillas a su paso.

Ortigosa quiso entonces incorporarse, pero le resultó una tarea imposible de realizar. Tenía una brecha en el cráneo que manaba sangre abundantemente y la negrura se hacía más densa por momentos en su mente. Lo único que consiguió fue dar unos grotescos pasos de baile y desplomarse después resollando ruidosamente.

No supo el tiempo que permaneció inconsciente.

Tuvo la impresión de que alguien le tiraba agua al rostro y sacudió la cabeza mascullando palabrotas. Al moverse sintió un agudo pinchazo en la nuca y se llevó la diestra a la herida palpándola con mimo.

Su mente era un maldito caos.

De pronto percibió que unas manos lo sujetaban del brazo al tiempo que una voz femenina iba diciendo:

—Se acabó la batalla, campeón. Ahora es conveniente largarse antes de que llegue la policía.

—Esos cabritos...

—Vamos, campeón, hay que darse prisa.

Ortigosaladeó la cabeza y vio borrosamente a una mujer de rubios cabellos que estaba ayudándole a incorporarse. No pudo ver sus facciones con nitidez y acabó farfullando:

—¿Quién te ha dado vela en este entierro, hermana?

—La policía está al llegar, Ortigosa —dijo la rubia, tirando de él en dirección a la salida trasera del local—. ¿Quieres que te atrapen sin permiso de residencia en Estados Unidos?

Macu Ortigosa fue a decir algo, pero en eso escuchó cercanas las sirenas de los coches policiales. Optó por seguir a la rubia y poner las cosas en claro más tarde. Caminó tambaleante, siempre sujeto del brazo por la mujer, y cuando llegaron a la calle posterior del local, dijo ésta:

—Tengo el coche cerca de aquí, Ortigosa. Si no tienes

inconveniente, te llevaré a mi apartamento.

El joven seguía sin ver claro y dio una leve cabezada de conformidad.

—Tú llevas el timón por ahora, hermana. ¿Me darás un caramelo si soy buen chico?

La mujer rió cantarinamente.

—Me gusta tu sentido del humor, Ortigosa.

—Y a mí me gustaría quitar la nube de algodón que tengo delante de la vista.

—Tu momentánea ceguera es consecuencia del botellazo que recibiste en la pelea. Te curaré en mi apartamento.

—¿Está lejos el trasto?

—¿Cómo dices?

—Me refiero a tu coche, hermana.

—Ya llegamos —dijo la rubia—. Y, en adelante, te agradeceré que me llames Ruth.

—De acuerdo, Ruth.

Aún caminaron unos pasos antes de que la mujer se detuviera y le obligara a imitarla. Macu Ortigosa vislumbró que abría la puerta de un auto y le obligaba a entrar en él.

Tan pronto como se encontró en el asiento, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Procuró ponerse de forma que la herida quedara libre de un posible roce con el tapizado del respaldo.

La mujer que dijo llamarse Ruth entró en el vehículo y lo puso en marcha suavemente, como una experta conductora.

Con los ojos cerrados y la mente abierta, pensó Ortigosa que, de momento, no podía hacer otra cosa que dejarse llevar. La misteriosa rubia lo estaba ayudando y eso era lo importante.

CAPÍTULO II

Ortigosa estaba intrigado con Ruth Hamilton.

Antes de que llegaran al apartamento de ella, situado en una zona considerada tranquila y señorial de Los Angeles, había recuperado por completo la visión y su cerebro comenzó a funcionar con normalidad. Pudo detallarla a placer mientras la rubia conducta.

La sometió a un examen minucioso.

Le calculó unos veintisiete años tirando largo y desde luego nada tenía que envidiar en belleza a las chicas que salen en las portadas de las revistas. Pero con mucha más clase. Poseía una espléndida figura y su rostro, enmarcado por una airosa melena color trigo, era atractivo e inteligente a la vez.

Extraña mezcla en una mujer.

Ortigosa se pasó mucho rato tratando de adivinar la profesión de Ruth Hamilton. Ahora, sentado en el *living room* del confortable apartamento al que ella lo había llevado, seguía pensando y haciendo conjeturas sobre la ocupación de la chica.

Dejó de pensar porque una puerta se abrió y apareció Ruth procedente del cuarto de baño. En las manos portaba un pequeño botiquín de primeros auxilios.

Macu Ortigosa le apuntó con el dedo extendido.

—¿Eres una cabra intelectual?

La muchacha se detuvo perpleja.

—¿Qué has dicho...?

—Seguro que eres periodista y quieres hacer un reportaje a mi costa. ¿Me equivoco?

Ruth rió alegremente.

—Como de la noche al día.

—Estaba jugando a adivinar tu profesión. Hace falta mi chaqueta para pagar un nido como éste.

—Te diré luego mi profesión —aseguró ella sin dejar de sonreír—. ¿Me dejas ahora cuidar tu herida?

Sin aguardar conformidad avanzó dejando el botiquín abierto sobre una mesita próxima a donde se sentaba el joven. Cogió un trozo de algodón y lo empapó bien de alcohol. Examinó la brecha abierta en el cuero cabelludo y chascó la lengua.

—Ha podido romperte el cráneo.

—¿Y qué supones que pretendía el cabrito de Gozalo?

—¿Qué tiene Pedro Gozalo contra ti?

Ortigosa encogió los hombros.

—Discrepamos en un asunto de poca monta.

—¿Y por eso quiere matarte?

—¿Quién dice que quiere matarme? Sólo estaba... ¡Que escuece, coño!

Ruth acababa de aplicar el algodón empapado de alcohol sobre la herida y Ortigosa vio, en un segundo, todas las estrellas del firmamento. Después de emitir un silbido, masculló:

—Tienes unas manitas delicadas, ¿eh? Si tuvieras que ganarte la vida como enfermera...

—Es necesario desinfectar la herida.

—Pero tú me estás haciendo una trepanación de cráneo, ¡maldita sea!

Con un mohín de reproche, recriminó Ruth:

—Tu lenguaje no tiene nada que envidiar al de un matón barriobajero, Macu.

—Es que no fui a escuela de pago, ¿sabes?

Durante unos minutos se dedicó la muchacha a esterilizar la herida poniendo más cuidado en lo que hacía. Luego puso un apósito cubriéndola y recogió los útiles del botiquín, cerrándolo. Con él en la mano, se retiró unos pasos y giróse mirando risueña a Ortigosa.

—No vas a morirte esta vez —bromeó—. Pero no respondo si te vuelven a pegar otro botellazo.

Ortigosa se puso en pie, acercándose a ella.

—¿Vas a decirme ahora tu profesión?

—Parece que conocer mi profesión es un asunto de vital

importancia para ti, ¿no?

—Cuando algo me intriga no descanso hasta poner las cosas en claro. Y resultas todo un misterio, nena.

—¿Qué es lo que te tiene intrigado?

Ortigosa adelantó el mentón, señalándola.

—Tú en primer lugar. Y sobre todo unas palabras que quedaron grabadas en mi mente cuando me encontraba en el limbo. Fue algo que salió por tu boquita.

Ruth Hamilton arqueó las cejas, simulando extrañeza.

—¿Qué palabras?

—¿Cómo sabes que no tengo permiso de residencia en Estados Unidos?

—Salta a la vista.

—Lo que salta a la vista es una mota. Más claro, primor.

—Eres un mexicano que ha entrado clandestinamente en el país.

Ortigosa la miró, súbitamente ceñudo.

—¿Vas a decirme ahora que perteneces al Servicio de Inmigración?

—No.

—Pero sabes mucho sobre mí, ¿eh?

Ruth sonrió, sin apartar la mirada de los ojos de él.

—He podido averiguar algunas cosas.

—¿Por qué?

—Me interesas, Ortigosa.

—De modo que sabes cosas de mí porque te intereso, ¿no? —empezó a decir lentamente el joven—. Ahora espero que me digas las causas del interés.

Ella lo seguía mirando fijamente.

—Eres un buen ejemplar del sexo masculino.

Ortigosa compuso una mueca de fastidio y dio un manotazo al aire.

—A otro chucho con ese hueso, hermana. ¿Vas a decirme todo lo que sabes de mí, o prefieres que me ponga tonto y la liemos? Nunca le he soltado un sopapo a una hembra y me disgustaría que ésta fuera la primera vez. Esa carita que tienes es muy linda para ser maltratada.

Ruth no borró la sonrisa de sus labios.

—Gracias por el piropo.

—Al grano, hermana. Quiero saber todo lo que has averiguado sobre mi persona. Y, de paso, no estaría de más que me contaras el motivo de haberlo hecho.

La chica hizo un ademán señalando el mueble-bar.

—¿Quieres una copa?

Ortigosa emitió un gruñido.

—Quiero que hables de una maldita vez.

—Puedo hablar mientras tomamos una copa.

—Está bien —encogió los hombros Ruth—. Pero toma asiento por lo menos. Te pondré al corriente de todo, porque para eso te he traído a mi apartamento.

Sin aguardar la conformidad de Ortigosa se dejó caer en un sillón y esperó a que él hiciera lo propio. El joven estuvo unos instantes mirándola en silencio y terminó imitándola, no sin soltar un gruñido de contrariedad. Se abrió una larga pausa entre ambos. Y, al prolongarse, invitó Ortigosa hostil:

—Estoy esperando, encanto.

—¿Por dónde empiezo?

—¿Qué te parece por el principio?

Ruth permaneció unos segundos en actitud meditativa y a continuación empezó a decir:

—Comenzaré por confiarte un informe que tengo sobre ti. En él se dice que Inmaculado Ortigosa entró clandestinamente en Estados... Macu es diminutivo de Inmaculado, ¿no?

Ortigosa dio una grave cabezada.

—Mi padre era muy aficionado a las bromas pesadas y yo no podía protestar con el chupete en la boca. Cuando pude reprocharle el nombrecito, ya se había muerto. Sigue.

—Inmaculado Ortigosa entró clandestinamente en Estados Unidos hace aproximadamente cinco meses. Trabajó de forma ilegal una temporada, como hacen tantos compatriotas suyos. Hasta que un día se cansó del patrón explotador y después de unas palabras le fracturó la mandíbula de un puñetazo. El Servicio de Inmigración recibió una denuncia anónima y desde entonces anda tras la pista de Ortigosa.

Al guardar silencio la muchacha, dijo Ortigosa:

—En varias ocasiones escapé por chiripa. ¿Qué más dice tu informe?

—Que te gustan las faldas.

—Más bien lo que hay debajo de ellas.

—Y que te has visto envuelto en varios líos con mujeres.

—Tres exactamente. Y es que las hembras acuden a mí como las inocentes moscas a la miel.

Ruth emitió una suave risita.

—Tienes gancho con ellas, ¿eh?

—Soy un tío guapo.

—Ya.

Hubo un corto inciso y dijo Ortigosa:

—Continúa. Esta zona del país está plagada de chicanos y has ido a interesarte precisamente por mí. ¿Por qué?

La muchacha estuvo unos instantes mirándolo a los ojos y luego sacudió la cabeza en lenta negativa.

—Eso no voy a decírtelo yo.

—Vamos, vamos —sonrió sardónico Ortigosa—. He venido por las buenas a la intimidad de tu apartamento, pero no me iré sin conocer a fondo el juego que estás haciendo, hermana. Hace años que dejé de chuparme el dedo, conque será mejor que empieces a poner las cosas en claro. Y por si acaso, te advierto que no creo en samaritanas que...

En eso se escuchó una voz a la derecha de ambos.

—Yo lo pondré al corriente de todo, Ortigosa.

El mexicano respiró girándose con rapidez y boqueó, sorprendido. De la estancia contigua habían salido sigilosamente dos individuos. Uno de los dos, un joven rubio de buena complexión atlética, empuñaba una pistola y le apuntaba directamente a él.

El otro, de unos cincuenta años y elegantemente vestido, dio unos pasos acercándose sonriente a Ortigosa.

—Yo le diré el motivo de haberle traído a este lugar, Ortigosa. No se altere, por favor.

Ortigosa apretó los maxilares, furioso. La pistola que empuñaba con firmeza el rubio, la seguridad que emanaba del elegante individuo de canosos cabellos, el nerviosismo que percibía en Ruth... Todo le hizo sospechar que había caído en una trampa. Seguro que aquellos dos sujetos pertenecían al Servicio de Inmigración.

Dejó escapar un resoplido y se incorporó, despacio.

Calmosamente fue hacia el sillón que ocupaba Ruth.

El rubio de la pistola advirtió:

—Cuidado con lo que hace, Ortigosa.

Pero el mexicano no le hizo el menor caso y caminó hasta llegar junto a la chica. La miró duramente por espacio de unos segundos y acabó barbotando:

—Conque resulta que eres una asquerosa policía, ¿eh?

Antes de que Ruth tuviese tiempo de responder, la aferró por los brazos y tiró de ella levantándola del asiento. El rostro femenino quedó a unas pulgadas del suyo. Ortigosa sintió que aquel frágil cuerpo se estremecía bajo la fuerte presión de sus manos.

Bruscamente masculló:

—Te dije que nunca he pegado a una hembra, pero voy a dejar un recuerdo que nunca olvidarás, encanto.

Ruth lo miraba con los ojos muy abiertos, sin ofrecer resistencia. Ortigosa la rodeó por la cintura con el brazo y la estrujó contra su pecho. Después sólo tuvo que inclinarse un poco para aplastar los rojos labios femeninos con su boca.

Fue un beso de feroz salvajismo que se hizo interminable.

De pronto sintió el mexicano un duro contacto en los riñones, al tiempo que el rubio silabeaba a su lado:

—Déjala ya, Ortigosa.

Éste obedeció sin darse demasiada prisa.

Ruth se tambaleó y retrocedió un paso, al quedar libre. Respirando entrecortadamente miró atónita al hombre que acababa de besarla de manera tan brutal.

Ortigosa rió sarcástico.

—Te ha gustado, ¿eh?

El individuo elegante intervino entonces, dirigiéndose al mexicano:

—Ya ha demostrado su sangre fría, Ortigosa. Ahora tome asiento y vamos a ponerlo todo en claro.

CAPÍTULO III

William Saxfield, de la División Central de la CIA, contempló unos segundos al erguido y taciturno Ortigosa. Compuso una mueca y acabó haciendo una leve señal al agente que le acompañaba. Éste movió la pistola indicando el sillón al mexicano.

—Obedezca la orden, Ortigosa.

Macu Ortigosa no tuvo prisa en hacer lo que le ordenaban. Se fue indolentemente hacia el sillón que ocupaba cuando irrumpieron los dos tipos y se dejó caer en él.

Entonces empezó a decir Saxfield:

—Tómelo con calma, Ortigosa. Para su tranquilidad le diré que no pertenecemos al Servicio de Inmigración. Y le aseguro que metiéndolo en la cárcel o devolviéndolo a su país de procedencia, salimos perjudicados.

Como el mexicano continuó silencioso, siguió Saxfield:

—Deje a un lado su recelo, hombre. Le doy mi palabra de que no vamos a detenerlo.

Macu Ortigosa levantó la cabeza y enseñó los dientes, emitiendo un gruñido.

—Entonces, ¿por qué me apunta el rubiato con su pistola?

—Simple medida de precaución. En el informe que tenemos de usted nos dicen que su agresividad es temible —hizo Saxfield una corta pausa y a continuación ordenó al rubio—: Guarda la pistola, Farrell.

El agente metió el arma en la funda sobaquera y retirándose unos pasos cruzó los brazos ante el pecho.

William Saxfield hizo un gesto con ambas manos dirigiéndose de nuevo a Ortigosa.

—Espero que tome esto como una muestra de buena voluntad.

—Se lo diré luego, amigo.

—Puede llamarme Saxfield, Ortigosa. ¿Quiere ahora la copa que le ofrecía Ruth?

Ortigosa chasqueó la lengua.

—Prefiero conservar la mente lúcida si no le importa, Saxfield.

El jefe de la CIA esbozó una sonrisa y encogió los hombros.

—Como quiera. Pero le aseguro que nada debe temer de nosotros, Ortigosa. ¿Quiere saber por qué?

Ahora le tocó encoger los hombros al mexicano.

—Sospecho que tendré que escucharlo aunque no me interese.

Saxfield guardó silencio unos segundos y luego dijo, mirando fijamente al joven:

—No podemos causarle ningún perjuicio porque necesitamos su ayuda imperiosamente, Ortigosa —hizo una pausa y sacando del bolsillo de la americana una pequeña cartulina rectangular, la tendió al mexicano agregando—: Mire bien esta fotografía.

Se trataba de una foto de carnet. Ortigosa la cogió y tan pronto le puso la vista encima respingó sorprendido. Después de mirarla atentamente unos segundos, la devolvió sacudiendo la cabeza.

—Si creen que yo soy ese tipo, se equivocan, Saxfield. Jamás he usado corbata.

—De eso estamos seguros, Ortigosa —dijo Saxfield, cogiendo la foto y metiéndola de nuevo en el bolsillo—. Este hombre se llama Jenko Kette y murió en la cárcel. Pero usted puede pasar perfectamente por él si retocamos un poco su aspecto físico.

Ortigosa frunció el ceño, intrigado.

—Oiga... —empezó a decir torvamente—. Ignoro lo que quieren sacar de mí, pero no me gusta nada de esto.

—Somos del Servicio de Inteligencia y queremos que nos haga un favor, Ortigosa —dijo hablando pausadamente William Saxfield—. No tengo inconveniente en ponerle al corriente de todo, porque si usted se niega a ayudarnos, el secreto carecerá de importancia. No podemos llevar a cabo nuestros propósitos sin su colaboración.

Macu Ortigosa movió la cabeza en lenta negativa.

—No me gusta conocer secretos ajenos que...

—Tendrá que escucharlo todo aunque no quiera, Ortigosa —le cortó con un ademán Saxfield—. Después decidirá si colabora o no. Desde luego, usted saldrá beneficiado ayudándonos.

—Hay beneficios que hacen daño, Saxfield. ¿Qué tipo de favor pretenden que les haga?

—Espionaje.

El jefe de la CIA esperó a ver la reacción que producía a Ortigosa el saber que se trataba de un asunto de espionaje. Y en contra de lo que esperaba, el mexicano se limitó a continuar mirándolo, impasible. Después de una corta pausa, siguió hablando Saxfield:

—En Lisboa hay un hombre interesado en vendernos ciertos documentos. Es un espía yugoslavo. Nosotros deseamos poseer lo que ofrece, pero el hombre sólo entregará lo que tiene a un compatriota suyo llamado Jenko Kette. Kette está muerto. Fue juzgado y condenado a muerte por un tribunal norteamericano.

Ortigosa dejó escapar una suave risita.

—Y ustedes han pensado que si yo me hago pasar por el tal Jenko Kette solucionan el problema, ¿eh?

—Exacto —cabeceó Saxfield—. Durante seis días de búsqueda intensiva, miles de agentes se han movido por todo el país tratando de encontrar a un hombre lo más parecido posible a Kette. Usted es el resultado de nuestras pesquisas. Cuando Ruth Hamilton me enseñó una fotografía suya, tuve que reconocer el asombroso parecido con Jenko Kette.

—Ya —masculló Ortigosa echando una breve ojeada a la chica—. La muy lianta me trajo a su apartamento por eso, ¿no?

—Cumplía con su deber.

Súbitamente, cogiendo por sorpresa a Saxfield, preguntó Ortigosa:

—¿Por qué se empeña el hombre de Lisboa en entregar los documentos que vende a ese Jenko Kette? Si ustedes pagan sin rechistar lo que él pide, no veo la razón por la que...

—Eso es una incógnita para nosotros, Ortigosa —confesó William Saxfield—. No voy a ocultarle que correrá peligro si acepta viajar a Portugal. Reconozco que puede tratarse de una trampa. Ni siquiera sabemos si ése espía actúa en solitario o está respaldado por el espionaje ruso.

—A lo mejor quieren sellar la boca de Kette.

—Sería absurdo, después de tanto tiempo —negó Saxfield, moviendo la cabeza—. Tiene que existir otro motivo para imponer el viaje de Jenko Kette a Lisboa.

Hubo un corto silencio y se pasó Ortigosa la mano por los cabellos, al tiempo que se removía inquieto en el asiento.

—Escuche, Saxfield... —empezó a decir, de mal talante—. La verdad es que no tengo vocación de espía. He leído algunas novelas de espionaje y puedo asegurarle que no sirvo para el oficio. Nunca me gustaron las complicaciones y no voy a...

—Usted no tendría que hacer nada especial, Ortigosa —le interrumpió el jefe de la CIA—. Sólo le pido que viaje a Lisboa y se aloje en un hotel determinado. Mis agentes velarán en todo instante por su seguridad personal.

—Pero al menor descuido sería yo quien pagaría los platos rotos. No me gusta hacer de señuelo, Saxfield. Esto es un asunto de cuervos y yo soy una inocente paloma. Si me entregan al Servicio de Inmigración, lo único que puede ocurrirme es que me metan en la cárcel o me expulsen del país. En los dos casos seguiría con vida y eso es lo que cuenta.

—No vamos a entregarle al Servicio de Inmigración si decide no colaborar con nosotros. Quedará tan libre como antes de acudir a este apartamento. Ése no es nuestro problema.

Ortigosa escrutó extrañado el rostro de Saxfield.

—No me diga que van a dejarme salir de aquí sin impedimentos.

—Eso es exactamente lo que haremos.

—Entonces...

Ruth Hamilton lo miró, decepcionada, e intervino en la conversación tras un prolongado silencio.

—Me está defraudando, campeón.

Ortigosa puso en ella una intencionada mirada.

—Tú hace rato que me saliste rana, rubiaza.

—Dicen que los hombres de tu raza son valerosos.

—Y muy listos también, hermana —sonrió Ortigosa sin dejar de mirarla socarronamente—. Nos revuelve las tripas hacer de inocente pichón en el tiro al blanco.

William Saxfield cortó el diálogo de ambos jóvenes, diciendo:

—Todavía no ha escuchado los beneficios que sacaría colaborando en el trabajo, Ortigosa.

—No pierda el tiempo gastando saliva, amigo. Si alguna vez quiero suicidarme...

—Diez mil dólares y la nacionalidad americana. Podría seguir

libremente en nuestro país sin que nadie volviera a molestarlo.

A Macu Ortigosa se le secó rápidamente el paladar. Lo que había dicho Saxfield era para quedarse mudo. Por eso tardó un buen rato en poder bisbisear:

—Dívalo..., dívalo otra vez, Saxfield.

—Diez mil dólares libres de impuestos y la nacionalidad norteamericana.

—¿Y dijo que sus agentes velarían por mi seguridad en todo instante?

—Desde luego —afirmó Saxfield—. Uno de mis agentes estará siempre a su lado.

Ortigosa se pasó la punta de la lengua por los labios resecos.

—Oiga... —se rascó la nuca dubitativo—. ¿No podrían ser veinte mil y un permiso de residencia por tiempo indefinido? No me gustaría perder mi nacionalidad...

William Saxfield cabeceó risueño.

—¿Aceptaría si le digo que sí?

—Seguro, Saxfield —prometió el mexicano—. Por veinte de los grandes soy capaz de ir a Lisboa y traerle a ese fulano convertido en una salchicha. Ya estoy harto de esta vida de perros que llevo y...

—De acuerdo entonces, Ortigosa —lo interrumpió el jefe de la CIA, haciendo un ademán—. Ahora tenemos que trabajar de firme porque deberán salir para Portugal pasado mañana. La agente Ruth Hamilton estará siempre a su lado para decirle, en todo momento, lo que debe hacer. Viajarán como un matrimonio que se dispone a pasar unos días de vacaciones en la costa portuguesa.

Macu Ortigosa rió suavemente, mirando a la muchacha.

—Me parece que esto acabará gustándome, Saxfield.

Las mejillas de Ruth Hamilton se colorearon y dijo con cierta brusquedad:

—Seremos un matrimonio sólo a efectos de poder estar siempre a tu lado sin despertar sospechas.

—Ya —movió Ortigosa la cabeza riendo socarronamente—. Pero a lo mejor podemos sacar partido de la situación, ¿no?

CAPÍTULO IV

Ortigosa no trataba de disimular su ansiedad. Aquel maldito viaje daba la impresión de que no iba a terminar nunca. Ruth Hamilton se sentaba a su lado y sonreía quedamente cada vez que el mexicano dejaba escapar un taco.

El nerviosismo de Ortigosa crecía por momentos.

Ya empezaba a hacerse insoportable cuando en los paneles del fondo se encendieron unos recuadros luminosos pidiendo a los pasajeros la utilización de los cinturones y que dejaran de fumar. Una voz femenina informó que estaban llegando a Lisboa.

Ortigosa masculló entre dientes:

—No vuelvo a subir en un trasto de éstos ni encadenado.

La chica rió burlona.

—Tu cara ha sido un poema durante todo el vuelo.

—Me dan pánico las cosas sobrenaturales.

—Viajar en avión es la cosa más natural del mundo.

—¿Es natural que vuelen las personas, maldita sea? Eso se queda para los pájaros. Por la madre que me parió que no me meto otra vez en un avión. Puedes decir lo que quieras, pero el regreso lo haremos en barco, ¿estamos?

Ruth se limitó a sonreír sin responder.

Y Macu Ortigosa no respiró a pleno pulmón hasta que el reactor se detuvo frente al edificio de la terminal. Entonces comenzó a sentirse seguro de sí mismo nuevamente. Pisando tierra firme no había gallo que tosiera en su corral.

Minutos después pasaron la aduana llevando cada uno su maleta. A continuación cruzaron el amplio vestíbulo de llegadas internacionales y salieron al exterior. Subieron a un taxi y Ruth dio al conductor la dirección del hotel donde tenían habitaciones

reservadas.

El coche se puso en movimiento y rodó a una buena velocidad hacia la capital. Pronto llegaron a ella y Ortigosa se dedicó a observar detenidamente todo cuanto iban dejando atrás. La primera impresión que tuvo de Lisboa fue desfavorable.

Por contraste de comparación con Los Angeles.

O quizá porque pensaba que allí había un fulano esperándole y desconocía sus intenciones. De todas formas, el centro de la ciudad le gustó mucho más que los suburbios.

El taxi se detuvo, finalmente, frente al hotel indicado por Ruth, y Ortigosa se encargó de pagar al taxista. Apenas habían descendido del vehículo cuando ya se encontraba junto a ellos un empleado del hotel haciéndose cargo de las maletas.

Ruth y Ortigosa fueron tras él.

Entraron en el vestíbulo y se dirigieron al mostrador de recepción.

Allí los recibió un individuo de rostro anguloso que plasmó en el flaco semblante una sonrisa estereotipada y miró interrogativamente a Ortigosa.

—Señor...

—Tenemos alojamiento reservado —dijo el mexicano—. A nombre de Scott Shetler.

El tipo abrió un libro y empezó a pasar la punta del bolígrafo por los nombres escritos en él. No tardó mucho en acentuar la sonrisa y levantar la mirada a Ortigosa.

—Señor y señora Shetler, en efecto. Dos habitaciones individuales comunicantes.

—Bueno —empezó a decir Ortigosa deslizándose dos billetes de cinco dólares por encima del mostrador—. La verdad es que hemos cambiado de opinión.

El fulano arqueó las cejas extrañado.

—No comprendo...

—Mi esposa y yo deseamos dormir en la misma cama. Seguro que dispone de una habitación de matrimonio, ¿verdad?

Ruth fue a intervenir, pero se le adelantó Ortigosa y palmeándole cariñosamente la mano, sonrió.

—No seas tímida, encanto. Este señor comprende perfectamente nuestro deseo, porque en su país es natural que un matrimonio

quiera dormir junto.

Ruth aún fue a decir algo, pero lo pensó mejor y apretó los labios furiosa al tiempo que lanzaba una llameante mirada a Ortigosa. Éste fingió no advertirla y se enfrentó otra vez al tipo de recepción sin borrar la sonrisa del rostro.

—¿Qué me dice, amigo?

El flaco individuo vaciló.

—Verá, señor...

Ortigosa volvió a deslizar otros dos billetes.

—Vamos, no me diga que no tiene una habitación de matrimonio disponible. Le he dado veinte... razones, pero no pienso seguir insistiendo si continúa negando. A fin de cuentas, una puerta comunicante siempre puede abrirse.

El individuo debió quedar convencido de que no podía sacar más dinero al turista americano y dando una breve cabezada simuló estudiar atentamente el libro de registro. Después de unos segundos levantó la mirada y sonrió a Ortigosa.

—Tiene suerte, señor Shetler. Apenas hace media hora que han anulado una reserva.

—Estaba seguro de eso.

—Es una habitación que da a la avenida de Libertade. Desde el balcón verán una bonita panorámica de la ciudad.

—Vale.

El tipo entregó una llave al botones que esperaba con las maletas y ambos jóvenes lo siguieron en silencio hacia los ascensores. Ruth apretaba furiosa los labios y tenía el rostro encendido por la ira que la dominaba interiormente.

Subieron a la tercera planta y el botones los llevó por un pasillo alfombrado hasta la puerta marcada con el número 322. Franqueó la entrada y se hizo a un lado dejándolos pasar delante.

Ortigosa tuvo una agradable impresión.

Había un pequeño recibidor con una puerta que daba a un cuarto de baño y a continuación un confortable dormitorio. Dos camas separadas tan sólo por una diminuta mesita de noche, moqueta en el suelo, dos cómodos sillones, luces indirectas.

El botones carraspeó discretamente a su lado.

Ortigosa observó que había dejado las maletas sobre una banqueta y esperaba con un amago de sonrisa en los labios. Como

los gastos no tenían que salir de los veinte mil dólares estipulados con Saxfield le dio una generosa propina.

El botones se inclinó respetuosamente y deseó:

—Que tengan una feliz estancia en Lisboa, señor.

—Dios te oiga, muchacho.

Tan pronto se fue el botones cerrando la puerta desde fuera, se encaminó Ortigosa al balcón y empezó a contemplar interesado la circulación rodada por la avenida de Liberdade. De soslayo vio a Ruth plantada en el centro de la habitación echando chispas.

Y de pronto escuchó que silabeaba:

—Eres un cerdo, Macu Ortigosa.

Entonces se giró él lentamente y frunció el ceño fingiendo gran asombro.

—¿Yo...?

—El fulano más canallesco que he conocido en mi vida.

—Oye, hermana...

—¿Por qué lo has hecho?

—¿El qué?

—No te hagas el imbécil —recriminó la muchacha, brillantes las pupilas—. Sabes de sobra a lo que me refiero.

—Ya sé lo que te ocurre —dijo el mexicano como si de repente hubiera caído en algo que no recordaba—. Estás enfadada porque he pedido una habitación de matrimonio, ¿no?

—Ese hombre de abajo habrá pensado que soy una furcia.

—Ni muchos menos, cariño —rió Ortigosa—. Estamos casados, según nuestros documentos.

Ruth le apuntó con el índice extendido.

—Escucha, Ortigosa —jadeó con los turgentes senos a punto de rasgar la tela que los contenía—. No puedo saber qué sucio pensamiento tienes en la cabeza, pero te aseguro, desde ahora, que estás equivocado conmigo.

El joven la contempló, irónico.

—Eso nunca se puede decir, cariño.

Ruth se puso roja como una amapola y las palabras se atropellaron dentro de su boca.

—Eres... eres...

—Uno de los dos tenía que dar el primer paso, cariño —razonó Ortigosa acercándose despacio a ella—. Tú y yo solos en una

habitación. Sería estúpido desaprovecharlo. Ambos somos adultos y sabemos todo el partido que se le puede sacar a la situación.

Ruth retrocedió un paso a la defensiva.

—Si intentas propasarte...

—Quiero hacer el amor y no la guerra, cariño. Y seguro que tú también lo deseas. Tiempo habrá de batirse el cobre. Nuestras vidas penden de un hilo y ésta puede ser la última oportunidad para conocernos mejor. No lo pongas difícil.

Ortigosa iba aproximándose lentamente a ella, mientras hablaba.

Ruth lo miraba con los ojos muy abiertos y sin saber exactamente cómo reaccionar para defenderse de lo que intuía. Las pupilas de él destellaban de tal forma, clavadas en ella, que se sintió sacudida por un profundo estremecimiento. Tuvo miedo de sí misma. Ni siquiera estaba segura de no desear en verdad lo mismo que él.

Siempre había sido sincera consigo misma. Y recordaba la extraña sensación de placer que sintió cada vez que su mente revivió el salvaje beso en su apartamento.

Ortigosa estaba ya a su lado.

Y cuando puso las fuertes manos en sus hombros, supo Ruth que sería un triunfo para él. Un triunfo sin condiciones por su parte, una entrega total.

Así de sencillo a pesar de todo.

Quizá lo había estado esperando y deseando desde el principio.

Ortigosa la estrechó contra su pecho y ella aún tuvo fuerzas para musitar:

—Por favor...

Pero él no quiso escucharla. Empezó a besarla suavemente, con deliberada lentitud. Primero posó los labios en sus cabellos, luego en la pequeña oreja, finalmente bajó al cuello. Percibió su estremecimiento y supo que había ganado.

La besó con fuerza en los labios.

El tiempo se detuvo para ellos.

Tendido boca arriba en el lecho, completamente inmóvil, pensó Ortigosa algo absurdo. Imaginó que sería maravilloso perderse con Ruth en una isla del Paraíso. Si es que existía el Paraíso y había islas en él. Cuando de niño escuchaba hablar al cura en la iglesia de su pueblo, se había formado una imagen particular del Paraíso.

Y sonrió al evocarla.

Aquella habitación podía ser una isla paradisíaca.

Pero de pronto la sonrisa desapareció y en su semblante se plasmó una mueca de contrariedad. Al tener a Ruth en sus brazos había experimentado una extraña sensación jamás sentida con anterioridad. Aquella chica era distinta a todas. No podía explicarse a ciencia cierta cuál era la diferencia, pero no le gustó tener que considerarla especial.

No obstante, sabía ya que nunca se cansaría de ella.

No ocurriría como con las otras y esa idea lo molestaba. Se había prometido a sí mismo, infinidad de veces, que nunca se ligaría a una sola mujer. Porque él era un veterano del amor. Pero Ruth resultaba tan distinta a las otras...

Súbitamente saltó de la cama y se puso los pantalones dando la espalda a la muchacha. No quería que ésta viese la expresión de su rostro. Y sin girarse a mirarla, preguntó:

—¿Te apetece un trago?

Ruth no respondió.

Entonces se volvió y observó que yacía en el lecho cubriéndose con la sábana subida hasta la barbilla. Tenía los ojos entornados y una enigmática sonrisa flotaba en sus rojos labios. Tuvo que reconocer que estaba realmente hermosa.

—Te acabo de preguntar...

Las palabras de Ortigosa fueron ahogadas por un estrépito de cristales rotos. Éste se giró sorprendido hacia el balcón y vio que la vidriera estallaba pulverizada. Al mismo tiempo sintió que varios proyectiles silbaron cercanos buscando su cuerpo.

Sin pensarlo dos veces se tiró al suelo en rápida zambullida.

La habitación se había convertido en una isla en... el infierno.

CAPÍTULO V

Desde el suelo, levantando la voz por encima del estrépito de los malditos cristales que seguían estallando en mil fragmentos, preguntó Ortigosa:

—¿Estás bien?

Ruth se había dejado caer al otro lado de la cama tan pronto empezaron a romperse los cristales. Con el cuerpo envuelto en la sábana que arrastró consigo, contestó:

—Sí. ¿Te han alcanzado a ti?

—No.

—Sigue tendido —recomendó la muchacha con el aplomo natural que distingue a las personas habituadas a enfrentarse con situaciones inesperadas—. Están disparando contra nosotros.

Sin despegarse de la moqueta, emitió un gruñido el mexicano.

—Ya me he dado cuenta, maldita sea. ¿Dónde están los caballeros que según Saxfield debían protegernos?

—Tranquilo —replicó Ruth—. Estos atentados escapan a cualquier medida de seguridad. Procura conservar la calma porque pronto van a dejar de disparar.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—En estos casos se dispara unas cuantas veces y luego hay que salir a toda prisa del escondite.

Ortigosa masculló una maldición a modo de respuesta.

Súbitamente cesaron los disparos.

Los cristales del ventanal aparecían destrozados y cinco o seis proyectiles se habían incrustado en la pared del fondo. Ruth se incorporó ligeramente haciendo una señal a Ortigosa.

—Ese balcón tiene persiana corredera. ¿Puedes arrastrarte hasta la cinta y dejarla caer?

Ortigosa comprendió lo que ella pretendía y dio una cabezada de conformidad.

—Voy a intentarlo.

—No creo que vuelvan a disparar.

—Ya veremos.

El mexicano se arrastró por el suelo procurando no herirse con los trozos de vidrio que abundaban sobre la moqueta. Adoptando las debidas precauciones llegó junto al balcón y tiró de la cinta dejando caer la persiana del todo. La habitación quedó en penumbras hasta que Ruth accionó el interruptor situado en la cabecera de la cama más próxima a ella.

Al encenderse la luz se puso en pie Ortigosa y echó un vistazo a su alrededor. Sus ojos brillaban de rabia mal contenida. De pronto, apretó los maxilares imprecando una maldición entre dientes y empezó a vestirse con rápidos movimientos.

Ruth también se había puesto en pie envuelta todavía en la sábana. Sorprendida, inquirió:

—¿Qué haces?

—Voy a pedirle explicaciones al tipejo de recepción —replicó, ásperamente, Ortigosa—. Y a cantarle las cuarenta.

—Ese hombre no tiene culpa de...

—¿No? La interrumpió iracundo el mexicano. —¿Quién ha sido el cabrito que nos ha dado esta habitación?

—Escucha...

Pero Ortigosa la cortó con un seco ademán y se dirigió resueltamente a la salida. Poniéndose todavía la americana traspasó el umbral y cerró de un fuerte portazo a su espalda. Sin detenerse a esperar el ascensor, descendió la escalera a saltos.

El flaco individuo de recepción lo vio irrumpir en el vestíbulo convertido en un ciclón. Enseguida supo que algo no marchaba bien y se dispuso a dar toda clase de explicaciones en bien del prestigio del hotel. No era la primera vez que atendía una reclamación.

No tuvo tiempo de hacerlo.

Ortigosa llegó frente a él y sin que mediaran palabras alargó el brazo por encima del mostrador atrapándolo con fuerza, de la pechera. Tiró brutalmente y el hombre se puso a chillar al verse levantado en el aire. Ortigosa empezó a sacudirlo mascullando:

—Conque una habitación con vista a la avenida, ¿eh?

El tipo estaba pálido como un muerto. Entre sacudida y sacudida, balbució, trémulo de espanto:

—Yo... No se preocupe, señor...

—Eres tú quien debe preocuparse, canalla. Vas a ponerlo todo en claro ahora mismo o juro que te sacó la nariz por el cogote.

Al tiempo que hablaba, levantó Ortigosa el puño amenazadoramente. El recepcionista se asustó todavía más y empezó a patalear el aire intentando soltarse, Pero Ortigosa tiró de él haciéndolo pasar limpiamente sobre el mostrador.

En eso escucho una voz a su espalda:

—Le aconsejo que deje en paz a Carriso, señor.

Ortigosa giró a medias la cabeza y vio a un mastodonte plantado detrás de él con las piernas abiertas y los puños ligeramente levantados. El mexicano observó que frisaba los veinte años y lo miraba ceñudo. El uniforme de botones se le había quedado estrecho y a través del tejido se marcaba su poderosa musculatura.

Pero él estaba furioso y no iba a dejarse impresionar.

Clavando una mirada en el tipo, esbozó una fría sonrisa.

—Eres el pacificador del cotarro, ¿eh? Puedes estar tranquilo, hombre. Todo irá bien si éste tipejo me pone al corriente de un asuntillo sin importancia.

El hombrón sacudió la cabeza en lenta negativa.

—Todo irá bien si usted se comporta debidamente, señor. Carriso tiene la obligación de atender a los clientes, pero nadie debe sacudirlo y usted lo está haciendo. No es una coctelera.

Ortigosa le enseñó los dientes.

—Veo que te gustan los chistes.

—Me gusta que las personas se comporten como es debido.

—Comprendo. Pero no tengo más remedio que hacer unas preguntas a este fulano antes de soltarlo.

—Tengo que volver a rogarle que lo deje en paz, señor. Lamentaría verme obligado a pedírselo de otra forma.

Por el brillo de sus ojos dedujo Ortigosa que el sujeto no iba a lamentar, en absoluto, tener que pedírselo por las malas. Más bien ardía en deseos de hacerlo.

Y decidió darle ese gusto.

Con deliberada lentitud fue volviéndose hasta quedar enfrente a él. Carriso, el sujeto de recepción, se vio libre y corrió como un

gamo buscando la protección del mostrador. Entonces miró Ortigosa fijamente al joven matón y dijo calmoso:

—Adelante, hombre, pídelo por las malas.

El otro titubeó, ligeramente sorprendido.

—Usted... me ha obedecido, señor —consiguió articular mojándose los labios con la punta de la lengua—. Es mejor que todo quede tal como está ahora.

Ortigosa movió la cabeza en parsimoniosa negativa.

—Ni hablar, chico. Tienes que convencerme de lo contrario o atraparé a Carriso del cuello nuevamente. Ya te he dicho que debe responderme a unas cuantas preguntas.

—Olvidelo.

—Ni lo sueñes.

El grandullón suspiró y sus ojillos brillaron intensamente.

—Es una pena que no se avenga a razones..., señor.

Pero Ortigosa estaba decidido ya a todo.

—Estamos perdiendo el tiempo, matón de pacotilla.

El tipo crispó los maxilares, aparentemente contrariado. Pero la actitud quedaba desmentida por la expresión regocijada que se reflejaba en su rostro. Súbitamente, sin previo aviso, distendió el brazo derecho y el puño salió disparado como un obús buscando el pómulo de Ortigosa.

Pero éste aguardaba algo parecido porque sólo se movió lo justo para esquivar el puñetazo del matón. Y a renglón seguido metió la zurda duramente clavándola, hasta la muñeca, en el hígado del fulano. Una inesperada reacción que lo cogió desprevenido.

Resultó un golpe mortal de necesidad que hizo caer de rodillas al individuo con las fauces desmesuradamente abiertas en desesperado intento de llevar aire urgentemente a sus doloridos y deficitarios pulmones.

No lo consiguió.

Ortigosa no estaba dispuesto a perder tiempo andándose por las ramas y tan pronto lo tuvo postrado ante él, levantó la pierna, sacudiéndole un tremendo rodillazo en pleno rostro. Aquello cortó de raíz una hipotética reacción de su oponente.

Emitiendo un ronco estertor salió catapultado hacia una columna estrellándose contra ella. Fue resbalando lentamente hasta quedar sentado en el suelo con los ojos en blanco. Perdido por

completo el conocimiento.

Respirando entrecortadamente, giróse Ortigosa hacia el mostrador, y observó que Carriso asomaba la cabeza por encima de él contemplándolo con gran asombro.

Componiendo una mueca, echó a andar Ortigosa y rodeó el mostrador alargando la diestra. Carriso se agazapó tratando de escabullirse, pero aún así se sintió aferrado del cuello y levantado en el aire por una poderosa zarpa.

Se puso a temblar convulsivamente y escuchó la amenazadora voz de Ortigosa muy cerca de su oído:

—Ahora nada te impide hablar, granuja.

El recepcionista sudaba copiosamente.

—Le juro que...

Ortigosa lo cortó metiéndole el puño bajo el mentón.

—Voy a separarte la cabeza del tronco si te empeñas en callar, maldito bastardo. Tú sabías de antemano la habitación que debías darnos y me lo vas a decir todo, ¿estamos?

Carriso sacudía la cabeza, aterrado, y de su garganta sólo salían sonidos ininteligibles. Ortigosa empezaba a perder la paciencia cuando una mano lo sujetó del brazo.

Y antes de escuchar su voz, supo que se trataba de Ruth.

—Deja ya a ese hombre.

Ortigosa ni siquiera se molestó en girarse a mirarla. Torciendo la boca masculló con aspereza:

—¿Que lo deje? Antes tengo que sacarle unas cuantas cosas al muy canalla.

—Posiblemente estés perdiendo el tiempo.

—Eso te lo diré luego.

Ortigosa sintió entonces que ella tiraba con más fuerza de su brazo y advirtió que el tono de voz de la muchacha estaba lleno de ansiedad al pedir:

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Fruncido el ceño giró la cabeza y se la quedó mirando. En sus pupilas vio una extraña inquietud que no podía comprender. Observó también que llevaba pantalones tejanos y una sencilla camisa de cuadros con los botones superiores desabrochados. Tenía que haberse dado mucha prisa para vestirse y seguirlo en tan corto espacio de tiempo.

Ortigosa soltó al recepcionista y éste se dejó caer aplastándose contra el suelo. Ruth tenía un trozo de papel en la mano y tan pronto como su compañero le prestó atención se lo tendió en silencio.

El mexicano lo cogió leyendo con rapidez un breve mensaje escrito por alguien en aquel papel:

Sa da Belém, 57.

Después de releer la corta misiva devolvió Ortigosa el papel a Ruth y preguntó sin comprender:

—¿Qué significa esto?

—Probablemente se trate de una dirección.

—¿Dónde lo has encontrado?

Ruth hizo un ademán, señalando la salida.

—Es conveniente que salgamos de aquí antes de que pueda acudir la policía. Nos veríamos en un aprieto si tuviésemos que dar explicaciones a los agentes del orden.

Ortigosa dirigió una mirada de desencanto al recepcionista y masculló algo entre dientes. Finalmente dio una cabezada de aprobación y ambos se encaminaron a la salida. Carriso respiró aliviado cuando los vio traspasar el umbral.

Ya en la calle echaron a andar por la acera, alejándose del hotel. Algunos transeúntes se cruzaron con ellos y Ortigosa se vio obligado a esperar unos segundos para volver a preguntar:

—¿Dónde encontraste ese papel?

—Lo debieron echar dentro de la habitación mientras me vestía.

—¿Y qué quiere decir?

—No lo sé, exactamente —respondió sincera la muchacha—. El espía yugoslavo, Vodnik, prometió ponerse en contacto con nosotros cuando Kette estuviera en Lisboa.

—Y yo soy Kette, ¿no?

—Lo eres para él —movió Ruth la cabeza afirmativamente—. Es posible que esa dirección sea una cita.

—Entiendo.

—En todo caso debo avisar de esto.

—¿A quién?

—Al jefe de la operación.

—Ni hablar.

—¿Cómo dices?

Ortigosa dejó de andar y se giró mirándola. Apuntándole con el índice extendido, comenzó a decir despacio:

—Han intentado meterme plomo en el cuerpo como a un pichón y ardo en deseos de devolver la pelota. Si voy a ganar veinte de los grandes debo hacer algo por merecerlos.

Ruth mostró su extrañeza:

—No te entiendo.

—Pues está muy claro. Yo husmearé en esa dirección sin que nadie me diga cómo tengo que hacerlo. —La muchacha lo miró estupefacta.

—¿Estás loco? —exclamó después de unos segundos—. Ellos son profesionales del espionaje y no dudarán en matarte si te apartas de las reglas del juego.

—Yo jugaré a mi modo —insistió, decidido, el mexicano—. Por el camino recto se llega antes al punto de destino.

—Al único sitio que llegarás es a la tumba. ¿No comprendes que necesitamos la protección de mis compañeros?

—Tus compañeros no deben perdernos de vista si conocen su oficio. En las películas los espías se las saben todas y los buenos siempre llegan a tiempo de ayudar al chico.

Los ojos de Ruth fulguraron con súbita cólera.

—No voy a consentir que vayas a esa dirección —silabeó con dura entonación—. Si estoy contigo es para decidir en todo instante lo que debe hacerse. Y no permito que actúes por tu cuenta desbaratando un plan trazado minuciosamente.

Ortigosa rió sardónico.

—Límpiate que estás de huevo, hermosa. La única alternativa que tienes es la de venir conmigo si lo deseas. Pero si te empeñas en estorbar no me acompañes.

—Pero...

El mexicano dejó de prestar atención a las protestas de Ruth y levantó el brazo deteniendo un taxi que pasaba en aquellos momentos frente a ellos. El vehículo se detuvo arrimándose a la acera y Ortigosa abrió la puerta.

Mirando a Ruth, inquirió en tono burlón:

—¿Vienes o te quedas?

La muchacha lo pensó rápidamente. La regañina de Saxfield era inevitable, pero no podía dejar solo al terco mexicano. Después de unos segundos entró en el taxi enfurruñada.

Ortigosa la siguió y dijo al taxista que los llevase al número 57 de la calle Sa da Belém.

CAPÍTULO VI

La calle Sa da Belém estaba en el casco antiguo de Lisboa. El número 57 correspondía a un vetusto edificio de dos plantas y por el cochambroso aspecto de la fachada se adivinaba fácilmente que nadie había trabajado en ella desde su construcción. En los bajos se ubicaba una tienda de antigüedades con dos pequeños escaparates atiborrados de los objetos más extraños que se pueda imaginar.

Ortigosa echó un rápido vistazo a los alrededores y se encaminó decidido a la entrada del establecimiento. Ruth lo siguió sin hacer ningún comentario. Pero la expresión de su rostro era de preocupación. Aquello no le gustaba en absoluto.

La tienda llena de muebles, relojes, jarrones de porcelana y las más exóticas figurillas, resultó espaciosa a juzgar por lo que se sospechaba después de ver el exterior. Detrás de un mostrador situado al fondo, se hallaba un viejo de facciones apergaminadas que levantó la cabeza y clavó una mirada de halcón en ellos.

Ortigosa avanzó despacio hacia él.

Y antes de que llegara junto al viejo, graznó éste secamente:

—¿Qué desean?

El mexicano siguió avanzando hasta situarse frente al viejo. Lo estuvo mirando unos segundos y acabó silabeando:

—Mi nombre es Jenko Kette.

Después de sus palabras escrutó atentamente las secas facciones de su oponente, pero el viejo ni siquiera pestañeó. No hubo ni el menor atisbo de alteración en su rostro. Se limitó a mirarlo, arqueando una de las pobladas cejas y como Ortigosa guardaba silencio, acabó diciendo en tono agudo:

—No me interesa el nombre de mis clientes. Sólo deseo que paguen sin rechistar el precio de lo que se lleven.

—No se altere.

—¿Qué quiere usted?

Ortigosa sonrió ácidamente ante la evidente agresividad del otro.

—A los clientes hay que tratarlos con amabilidad, amigo.

—¿Acaso pretende enseñarme el oficio?

—No. Usted ya es viejo para aprender.

—¿Qué quiere, entonces? —graznó el tipo—. Si le interesa algo de lo que tengo en la tienda...

Ortigosa lo cortó, preguntando súbitamente:

—¿No le dice nada el nombre de Vodnik, abuelo?

El anticuario tampoco reaccionó en la forma que esperaba el mexicano. Por el contrario, arrugó el ceño y masculló hosco:

—Sus adivinanzas me están haciendo perder el tiempo, señor. Si no desean comprar es mejor que salgan.

Ruth paseaba despacio por la tienda simulando examinar interesada los múltiples objetos expuestos. Sin embargo no perdía de vista una puerta situada tras el mostrador que debía llevar a las dependencias privadas del establecimiento.

De allí podía venir la sorpresa.

Ortigosa torció los labios, contrariado por el exabrupto del anticuario. Hizo un ademán señalando a Ruth por encima del hombro y dijo despacio:

—Cuando mi esposa vea algo que le interesa, avisará.

—¿Por qué no la ayuda usted a escoger?

—Ella entiende de estas cosas y yo soy un neófito. Prefiero charlar con usted. Tengo la impresión de que acabará por decirme algo que quiero saber. ¿De verdad no le dice nada el nombre de Jenko Kette?

El anticuario suspiró profundamente.

—¿Qué tiene que decirme ese nombre?

—Es un nombre yugoslavo.

—¿Y qué?

—Alguien me ha dicho que usted puede ponerme al corriente de algunas cosas que me interesan.

El hombre arqueó las cejas, fija la mirada en Ortigosa.

—¿Sí?

—Me dijeron que bastaría con decir que me llamo Kette.

—Seguro que se ha equivocado, señor. En esta calle hay varias casas de antigüedades.

—Es posible —cabeceó el mexicano—. Pero la dirección que tengo corresponde a su establecimiento. Sin embargo... parece que usted no me puede ayudar.

—Lo lamento.

—Ya.

—Quizá le hayan gastado una broma.

Ortigosa dio una cabezada y se hizo una pausa.

El anticuario compuso una expresión de fastidio al ver que aquel hombre no se decidía a salir de la tienda. Seguía plantado delante del mostrador mirándolo a los ojos en silencio. Aquello empezó a inquietarlo y durante una fracción de segundo hubo un fugaz destello en sus pupilas.

Una señal de impaciencia.

El hecho no pasó desapercibido a Ortigosa.

Éste esperó aún unos instantes y luego sonrió inocentemente al viejo de las antiguallas disculpándose:

—Siento haberle hecho perder el tiempo.

Sin darle ocasión de aceptar la disculpa se giró aproximándose a Ruth y dijo cogiéndola del brazo:

—Me he equivocado, querida. Probaremos en otras tiendas a ver si tenemos más suerte.

La muchacha lo miró un tanto sorprendida, pero se dejó llevar por él en dirección a la salida. Iba pensando que el súbito cambio en la actitud de su compañero resultaba muy extraño.

Ambos salieron del establecimiento y antes de cerrar la puerta a sus espaldas, tuvo tiempo Ortigosa de escuchar el resoplido de alivio soltado por el viejo.

Sonrió enigmático.

* * *

Tan pronto se quedó solo, entró el anticuario en la trastienda.

Se dirigió a una desvencijada mesa llena de papeles y descolgó un teléfono empezando a marcar con ademanes precipitados un número. Tuvo que esperar con impaciencia a que alguien cogiera el auricular al otro lado del hilo.

Y cuando respondieron, las palabras salieron de su boca como

disparadas por una ametralladora:

—Ese hombre ha estado aquí. Acaba de abandonar la tienda en compañía de una atractiva joven. Ha intentado sonsacarme.

—...

—¡Naturalmente que me refiero a Kette!

—...

—Tengo la fotografía que usted me dejó y puedo asegurarle que el tipo que ha venido a mi tienda es Jenko Kette.

—...

—Sí, pero...

De pronto el anticuario sintió un chasquido y la comunicación se cortó bruscamente. Tardó unos segundos en darse cuenta que había una mano sobre el teléfono.

La causante del corte.

Y todo su cuerpo se llenó de frío sudor porque a su lado se encontraba Macu Ortigosa enseñándole los dientes lobunamente. Observó, lleno de creciente terror, cómo el falso Kette depositaba en la mesa los zapatos que se había quitado para regresar al interior del establecimiento sin hacer el menor ruido y sorprenderlo en la trastienda.

Quiso chillar de espanto, pero se lo impidió Ortigosa sujetándolo con fuerza y tapándole la boca.

—Está feo que un viejo diga mentiras, abuelo.

El anticuario se debatió, intentando librarse de las férreas manos que lo inmovilizaban contra la pared, sin conseguir nada positivo. Todo su esfuerzo resultó inútil.

Ortigosa movió la mano derecha rápidamente y rodeó el cuello del viejo con el cable del teléfono. Empezando a cortarle la respiración, masculló torvamente junto a su oído:

—Lamento no respetar tus canas, abuelo. Dímelo todo, o te voy a dejar el pescuezo como un bolígrafo.

CAPÍTULO VII

Macu Ortigosa salió de la tienda de antigüedades y bajó la puerta metálica como si fuese la cosa más natural del mundo. Ruth, que lo estaba esperando en la acera, se aproximó a él enseguida.

—¿Qué?

Ortigosa encajó la plancha ondulada en el final de su recorrido e incorporándose, la miró tranquilo.

—¿Qué de qué?

—¿Cómo te ha ido?

—Estoy vivo.

Ella hizo un mohín de contrariedad.

—No me refiero a eso. ¿Cómo ha respondido ese hombre?

—El viejo ha cantado de plano. Tenía tanto miedo, que hasta se hubiera hecho responsable del asesinato de Kennedy.

Ruth se pasó la lengua por los labios y titubeó.

—¿Lo... has matado?

El joven rió irónico.

—¿Acaso me crees capaz de matar a un miserable viejo?

—Ya no sé de lo que tú eres capaz —confesó Ruth sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Pero no me tranquiliza en absoluto lo que estás haciendo.

Ortigosa la cogió del codo.

—Aquí no podemos plantarnos, nena —dijo, obligándola a caminar junto a él por la acera—. Ese asqueroso viejo dio el soplo a Vodnik antes de que lo sorprendiera y ha pasado más de un cuarto de hora. No me extrañaría recibir una desagradable sorpresa en cualquier momento.

Ruth ladeó la cabeza mirándolo.

—¿Cómo sabes que hablaba con Vodnik?

—Simple deducción. ¿A quién le interesa mi presencia en Lisboa? Estaba hablando de Kette por teléfono cuando aparecí junto a él. Tenías que haber visto el susto morrocotudo que se llevó el muy bandido.

—¿Te habló de Vodnik?

—Y de la madre de Vodnik, si hubiera querido. Temblaba de pies a cabeza como un flan.

La muchacha torció el gesto disgustada.

—Seguro que tuviste que maltratarlo.

—No —rió ácidamente Ortigosa—. Le conté el cuento de *Caperucita Roja y el Lobo*. Le gustó mucho y en justa reciprocidad me contó a su vez el cuento de *Vodnik el Espía*. Pero conserva la vida.

—Eres un salvaje, Macu.

—Y tú una jamona de primera, cariño. Formamos la pareja ideal de protagonistas. Sólo hace falta encontrar a un director que nos contrate para su película y nos forramos.

—Dudo mucho que tú y yo podamos formar pareja.

Ortigosa rió bajito.

—En la cama del hotel opinabas de manera distinta.

El rostro de la chica se puso de un escarlata subido.

—Si vas a portarte groseramente...

Pero el joven la atrajo contra sí mientras caminaban y se inclinó besándole la oreja.

—No te encrespes, cariño —sonrió, quitándole importancia a sus anteriores palabras—. Te demostraré, en su momento, que no eres un pasatiempo para mí. A lo mejor no crees en el flechazo y por... ¡al suelo!

Al mismo tiempo que gritaba se arrojó Ortigosa sobre la acera llevándose a Ruth con él. Y los acontecimientos que ocurrieron a continuación demostraron que su acción había sido oportunísima.

Se escucharon tres o cuatro estampidos que sonaron como un interminable trueno. Y acto seguido chirriaron los neumáticos de un coche que se alejaba a toda velocidad.

Los balazos picotearon la pared.

En aquel momento se encontraban ambos jóvenes en una avenida que conducía al centro de la ciudad, a la parte moderna de Lisboa. Una arteria por cuyas aceras caminaban muchas personas

que se pusieron a chillar de terror.

Ortigosa imprecó una maldición entre dientes.

Había vislumbrado la mano armada asomando por la ventanilla del coche en marcha, casi en el mismo instante en que ésta apareció. Sus reflejos resultaron providenciales.

Empezó a incorporarse y ayudó a Ruth.

Observó que muchas personas también se habían arrojado al suelo cuando comenzaron a sonar los disparos. Eso les permitía pasar desapercibidos, aunque no tuvo ninguna duda respecto a quienes eran los destinatarios de las balas.

Era la segunda vez que intentaban liquidarlo.

Entonces... ¿para qué lo había hecho venir a Lisboa el tal Vodnik? Si Saxfield no mintió, se trataba simplemente de comprar un valioso secreto al espía yugoslavo. Pero un pensamiento le cruzó la mente y su cara se ensombreció. Aquellos malditos espías siempre jugaban sucio y el canalla de Saxfield podía no ser una excepción. A lo mejor lo estaba utilizando de cebo para conseguir unos fines que se le escapaban.

La idea no le gustó en absoluto.

A lo lejos se escucharon unas sirenas policiales.

Tenían que largarse de allí a toda prisa si no querían verse metidos en un lío.

Cogiendo del brazo a Ruth tiró de ella bruscamente y masculló:

—Vas a ponerme unas cosas en claro, encanto.

Ella le miró extrañada mientras era casi arrastrada.

—Me haces daño, Macu.

—Camina deprisa y no tendré que tirar de ti. Comprenderás que no vamos a quedarnos aquí hasta que llegue la policía y empiece a hacer preguntas.

—Pero...

—Camina ahora y ya hablarás luego.

Durante unos minutos caminaron apresuradamente alejándose cuanto les fue posible del lugar del atentado. Doblaron la primera esquina metiéndose en una calle no muy ancha que olía a pescado frito. Enseguida se encontraron frente a un bar y Ortigosa inquirió:

—¿Te apetece una cerveza?

—No.

—Entonces mirarás cómo me la bebo yo acompañada por unos

pescaditos fritos.

Sin esperar una probable objeción de Ruth la condujo al interior del bar. Era uno de esos establecimientos típicos, latinos, con una alargada barra llena de recipientes conteniendo apetitosos alimentos sabiamente aderezados.

Y pocas mesas.

Ortigosa echó un rápido vistazo a los seis o siete clientes del mostrador y se dirigió con Ruth a una mesa de las más alejadas. Tan pronto se hubieron sentado acudió un camarero.

—¿Qué van a tomar?

—Cerveza helada y un plato de pescaditos fritos.

El hombre dio una cabezada, mientras apuntaba en una pequeña libreta.

—Dos cervezas y pescaditos.

—Una cerveza y muchos pescaditos peleándose en el plato —lo corrigió Ortigosa risueño—. La señorita no tiene sed. Ya dejaré que pruebe los pescaditos.

Ruth se dirigió adustamente al camarero:

—Tráigame un martini, por favor.

—Sí, señorita.

Tan pronto se hubo alejado el camarero cogió Ortigosa la mano de Ruth por encima de la mesa. Ella lo miró severamente, pero no dijo nada. Tampoco se desasíó. Transcurrieron unos segundos de tensión y de pronto se echó el mexicano hacia adelante y empezó a decir en tono quedo, como el hombre que habla confidencialmente con su prometida y no quiere que los curiosos escuchen:

—Ahora vas a decirme toda la verdad, hermosa.

Ella arqueó las cejas sorprendida.

—No sé a qué te refieres.

—Yo opino que sí —insistió Ortigosa—. En primer lugar deseo saber a qué hemos venido a Lisboa.

Ruth titubeó unos segundos.

—Bueno..., Saxfield ya te explicó...

—Saxfield me contó un cuento chino —la cortó, con un seco ademán, Ortigosa—. El muy criminal prometió pagarme veinte mil pavos porque sabe que nunca regresaré a los Estados Unidos. He venido a Lisboa para servir de blanco a espías sin escrúpulos, ¿no?

La chica lo miró fijamente a los ojos durante unos instantes y

luego musitó despacio:

—Cuanto te dijo Saxfield es cierto.

—¿Sí? ¿Entonces cómo te explicas que desde que estoy en Lisboa hayan intentado liquidarme dos veces? Si ese maldito yugoslavo quiere vender su secreto es más lógico que se ponga en contacto con nosotros y trate de negociar.

Guardaron silencio porque acudía el camarero con el pedido. Puso las bebidas y el plato de los pescaditos en la mesa y preguntó si deseaban algo más. Ortigosa movió la cabeza en sentido negativo y el hombre volvió a marcharse.

Se hizo un pesado silencio entre ambos jóvenes.

Ortigosa utilizó los dedos para meterse en la boca un par de pequeños boquerones y bebió un trago de cerveza, a continuación. Ruth no tocó el martini. Con la mirada puesta en el líquido ambarino, susurró:

—Te has olvidado de algo muy importante.

—No me digas.

—Yo estaba a tu lado las dos veces. Las balas han podido alcanzarme también.

Ortigosa soltó un resoplido.

—Eso no aclara nada. Tú lo haces por patriotismo o simplemente porque te gusta jugar a espías.

La muchacha lo miró fijamente al fondo de los ojos.

—¿Me crees una embustera?

—Bueno —vaciló Ortigosa—. Si tus jefes te han ordenado hacer un trabajo sucio...

—Nunca me hubiera prestado a él. Ni siquiera obedeciendo órdenes superiores.

Ruth hablaba con firmeza y el mexicano no dejó de advertirlo. Aquella actitud lo hizo dudar y finalmente, inquirió:

—¿Adónde quieres ir?

—Saxfield no te ocultó que corrías peligro viniendo a Lisboa. ¿O acaso supones que te iba a pagar veinte mil dólares por unos días de vacaciones!

—No supongo nada, cariño —masculló áspero Ortigosa—. Pero no soporto las tomaduras de pelo. Si tengo que servir de blanco a unos criminales quiero saberlo. Eso es todo lo que pido.

—No has venido para servir de blanco —dijo Ruth persuasiva—.

Cuanto te dijo Saxfield es cierto. Nuestra misión consiste en contactar con el espía yugoslavo y negociar la venta de lo que nos ofreció.

—Sólo que en lugar de negociar, ese tipo prefiere balearnos.

—No sabemos si los atentados vienen de Vodnik.

—Entiendo —cabeceó Ortigosa—. Eso quiere decir que puede haber otro competidor al que no le interesa que la transición se lleve a cabo.

Ruth sacudió la cabeza reflexivamente.

—Es una posibilidad.

—¿Los rusos?

Ahora encogió los hombros la chica.

—No lo sé. Teníamos el presentimiento de que la KGB estaba detrás de Vodnik.

Ortigosa arqueó las cejas.

—¿La KGB?

—El servicio de espionaje soviético.

—Ya.

—Lo que no consigo ver claro es qué interés pueden tener en eliminar a Jenko Kette. Han transcurrido varios meses desde que fue detenido por nosotros. Es demasiado tarde para sellarle los labios, en el caso de que esto sea una trampa. Y por otra parte..., nunca creímos que Kette fuese importante.

Hubo un corto silencio y de pronto dijo Ortigosa:

—Vodnik puede aclararnos parte del enigma.

Ruth levantó la cabeza mirándolo.

—Para eso hay que encontrarlo.

—Yo sé dónde buscarlo.

—¿Te fías de los informes que le sacaste al viejo anticuario?

—Por lo menos voy a comprobarlos.

La muchacha compuso un mohín.

—Escucha, Macu —dijo en tono vehemente—. Ante todo debemos informar al jefe de la operación. Es mi deber.

—¡Olvida ya al jefe, maldita sea! —masculló Ortigosa atajándola—. Yo voy a...

En eso se dio cuenta de que estaba hablando demasiado alto y se interrumpió bruscamente. Miró con dureza a dos individuos que parecían muy interesados en la conversación que sostenían y éstos

ladearon la cabeza disimulando al ser sorprendidos.

Ortigosa apretó los maxilares y se incorporó dejando un billete sobre la mesa.

—Vámonos de aquí.

Ambos jóvenes abandonaron el local bajo la aviesa mirada del camarero y los dos sujetos curiosos. Ortigosa sintió deseos de volverse y romperles la cara, pero se contuvo porque no era el momento oportuno para ponerse a pelear.

Ya en la calle, gruñó entre dientes:

—Espero que no lo intenten por tercera vez.

Echando a andar por la acera junto a él, insistió Ruth:

—Sigo pensando que debemos avisar al jefe de la operación. Es conveniente que todo esté controlado. Además de que es mi obligación...

—Exacto, nena —la cortó Ortigosa sin dejar de caminar—. Es tu obligación. Y la mía es atrapar a ese Vodnik. Conque nos separaremos y que cada cual haga su trabajo.

En el bonito rostro de Ruth se plasmó una expresión de ira.

—Eres un mulo terco, Macu.

—Discrepo, cariño. Soy un tipo normal al que no le gusta ser baqueteado. Y si tengo un asunto pendiente no dejo que otros me saquen las castañas del fuego.

—Pero..., tú no tienes experiencia.

Ortigosa sonrió torcidamente.

—Crees que soy un veterano del amor y nada más, ¿eh? Espero hacerte cambiar de opinión cuando te traiga a Vodnik de una oreja. A los tipos como él me los paso yo por...

—Eres un fanfarrón incorregible —suspiró Ruth con desaliento—. Veo que nada te hará desistir.

—De eso puedes estar segura.

—Fracasarás.

—Eso está por ver. Tú encárgate de avisar a...

De pronto ocurrió algo que cogió desprevenido a Ortigosa. Un fornido individuo se había colocado junto a él incrustándole un duro objeto en los riñones. Y viendo que otro tipo sujetaba a Ruth del brazo, escuchó la voz bronca del que estaba a su lado:

—Conserve la calma, amigo.

El mexicano se dispuso a actuar con rapidez, pero desistió

enseguida de hacerlo. Comprendió que resistiéndose ponía en peligro la seguridad de Ruth.

Suspirando hondo, inquirió:

—¿Qué pasa?

El sujeto de la voz bronca, dijo despacio:

—Tranquilo y todo irá bien.

—Bien para vosotros, ¿eh, cerdos?

Ortigosa observó que un vehículo se detenía junto a la acera, frente a ellos. La portezuela trasera fue abierta desde el interior y el mexicano imprecó una maldición por haberse dejado cazar de manera tan estúpida.

El tipo que estaba a su lado, ordenó:

—Entra en ese coche.

—¿Y si me niego?

El otro rió bajito.

—Será mejor que no hagas tonterías.

Ortigosa pensó que el fulano tenía razón. Lo mejor era no hacer tonterías. Porque cuando el cañón de un arma está incrustado en los riñones de uno, hay que obedecer sin rechistar.

Conque entró en el coche.

CAPÍTULO VIII

Y se llevó la sorpresa de su vida.

Desde el fondo del largo asiento posterior del coche, cómodamente instalado, lo miraba ceñudo William Saxfield. Tan pronto asomó Ortigosa la cabeza le hizo una seca señal invitándolo a entrar. El joven crispó furioso los maxilares y entró dejándose caer en el asiento, junto al jefe de la CIA.

El tipo que lo había obligado a entrar en el vehículo tomó asiento a su lado y de esa forma quedó emparedado entre él y Saxfield. Sin ninguna posibilidad de moverse con libertad.

Vio que Ruth y el otro individuo se acomodaban en el asiento delantero, junto al conductor. El coche se despegó de la acera incorporándose al tráfico rodado. Todo había sucedido con la increíble rapidez que emplean las personas habituadas a moverse con eficacia.

Eran buenos profesionales.

Pasaron unos minutos y dijo con engañosa suavidad, Saxfield:

—Tiene algo que decirme, ¿no, Ortigosa?

El mexicano movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Que su pandillero me ha dado el susto padre, ¡maldito sea!

—No es mi pandillero —reprendió, seco, Saxfield—. Es el agente Ralph Sinclair de la Sección Cuarta.

—Por mí como si quiere ser de la veintiocho. Pero el muy bellaco casi me hace manchar los calzoncillos.

El jefe de la CIA movió la diestra en severo ademán.

—Dejemos eso, Ortigosa. ¿En qué momento le dije que debía actuar por su cuenta?

Ortigosa arrugó el ceño.

—Oiga, Saxfield, ¿sabe usted lo que es un pichón? Pues desde

que he llegado a Lisboa eso es lo que soy. Y da la casualidad de que por aquí andan a la caza de pichones.

—Usted adquirió un compromiso con nosotros, Ortigosa.

—Y lo mantengo. Pero no estoy dispuesto a seguir siendo un pobre pájaro ni un minuto más.

—Sólo con nuestra ayuda estará protegido.

—No me haga reír que me duelen los menudillos, Saxfield. ¿Quiere decirme por dónde andaban, las dos veces que me balearon?

—Estábamos cerca.

—¿Y qué hicieron, conchos?

Saxfield sacudió la cabeza.

—Es imposible prevenir ese tipo de agresión.

—¿Se da cuenta?

—Escuche, Ortigosa —suspiró hondo Saxfield—. Usted tiene que seguir en su papel de Kette si queremos que todo se desarrolle como se ha planeado. Vodnik no aparecerá, mientras ande por ahí haciendo preguntas sobre su paradero.

Hizo una corta pausa y agregó mirando a Ruth:

—No comprendo cómo le has permitido cometer esas imprudencias. Sabes que todo puede irse al traste.

—Traté de impedirsele —se justificó la muchacha—. Pero resulta muy difícil razonar con Ortigosa.

—La chica tiene razón, Saxfield —terció el mexicano—. Hizo todo lo que pudo.

—No obstante, usted armó un escándalo en el hotel y luego dejó casi tullido al dueño de la tienda de antigüedades haciéndole preguntas que hacen peligrar el éxito de la misión.

Ortigosa chasqueó la lengua.

—No hay que exagerar, ¡caray! Al viejo sólo le di unos cuantos zarandeos. Tenía tanto miedo encima, que soltó la lengua sin necesidad de emplearme a fondo.

El rostro de Saxfield se endureció.

—Su comportamiento ha sido el de un imbécil, Ortigosa. Lo pagaré caro si, por su culpa, fracasara la transacción.

El joven también atirantó las facciones.

—Sin amenazas, ¿eh?

—¡Maldita sea...! ¿No puede comprender que todo debe hacerse

siguiendo el plan trazado?

Se hizo un inciso y en tono más calmado, siguió Saxfield:

—¿Qué tipo de información pudo sacarle al anticuario?

—Privada.

—Eso lo imagino, infiernos. Lo que quiero saber es si le dijo la manera de establecer contacto con Vodnik.

—Mejor que eso —cabeceó Ortigosa, sonriente—. Me dijo dónde puedo encontrarlo.

—¿Y bien?

—Y bien..., ¿qué?

—Dígame cómo podemos comunicarnos con él.

—Ni hablar.

Saxfield respingó, pegando un mordisco al aire.

—¿Cómo ha dicho?

—He decidido no decirle nada de Vodnik, todavía.

El jefe de la CIA suspiró profundamente y procuró no dejarse dominar por la ira interior que sentía.

—Escuche, Ortigosa, usted tiene la obligación de comunicarme cuantos datos tenga en relación a Vodnik.

—Ni lo sueñe.

William Saxfield era un hombre habituado a enfrentarse con toda clase de contratiempos. Los problemas más peliagudos sabía resolverlos con extraordinaria sangre fría. Pero ante la terca actitud del mexicano empezó a sentir que una incontenible ira lo dominaba. Su rostro fue enrojeciendo y llegó al borde de la congestión. Durante unos instantes no pudo ni siquiera hablar.

Después se puso a gritar desaforadamente.

—¿Quién diablos se ha creído que es, Ortigosa? —Hizo una corta pausa y continuó chillando—: ¡Quiero que me diga, sin dilación, todo cuanto le dijo el anticuario!

Ortigosa movió las manos en gesto apaciguador.

Luego habló calmoso:

—Mire, Saxfield, deme unas horas y yo mismo le traeré a Vodnik de la oreja. Quizá no tenga experiencia en el trato con espías, pero conozco la forma de cazar a un canalla.

Saxfield estaba cada vez más excitado.

—¿Es que se ha vuelto idiota, de repente?

—Sólo pido...

—¡Cállese, Ortigosa!

El joven se dio cuenta de que nada iba a conseguir discutiendo con el jefe de los espías norteamericanos. Tenía una idea metida en la mente y la suerte se alió con él para que pudiese llevarla a cabo. No desaprovechó la ocasión.

En aquel preciso instante se detuvo el auto ante un semáforo y observó Ortigosa que un guardia de tráfico quedaba a la altura de ellos. Frente a la ventanilla del conductor. Sin pensarlo dos veces, clavó el codo en la boca del estómago al agente que viajaba a su lado y éste se encogió aullando de dolor.

Ortigosa abrió con rapidez la portezuela y antes de que los otros tuvieran tiempo de reaccionar, saltó a la calzada apoyando la zurda en la nuca del agredido que seguía gimiendo de dolor.

Rodó por el suelo y fue a incorporarse junto al guardia de tráfico.

Éste lo miró perplejo.

Ortigosa le enseñó los dientes, componiendo una mueca.

—¿En Portugal se permiten los secuestros?

El guardia lo miró, aún más atónito.

Y el mexicano aprovechó su perplejidad para añadir, señalando al coche de los norteamericanos:

—Esos sujetos pretendían raptarme.

Acto seguido echó a correr por entre los vehículos detenidos, alejándose en dirección contraria a la que traían.

CAPÍTULO IX

Aquello era un tugurio de la peor especie.

La iluminación del local, compuesta por luces de todos los colores estratégicamente situadas, facilitaba toda clase de actos deshonestos. El depravado ambiente no podía ser más propicio para que las furcias se movieran provocativamente a la busca del cliente. También los chulos y los homosexuales podían sacar su tajada.

Ortigosa se adentró en el local, sin prisas.

Apenas si había rebasado las primeras mesas, cuando se encontró frente a un individuo de aspecto inconfundible que le cerraba el paso. Era uno de esos tipos que se depilan las cejas y se pintan los labios. Ortigosa posó en él una mirada inexpresiva, pero el otro no se amilanó.

Con una sonrisa que al mexicano le pareció grotesca, preguntó:

—¿Me buscabas a mí, machote?

Ortigosa dio un manotazo al aire.

—¡Largo de aquí, marica!

—Oye, tú —protestó el fulano, sin dejar de sonreír—. Que cada uno es muy libre de escoger su profesión.

El mexicano compuso una mueca de fastidio y se dispuso a continuar su camino hacia la barra situada al fondo del local. Pero el homosexual se movió con agilidad, cerrándole nuevamente el paso. Y mirándolo con inusitado brillo en las pupilas, siguió diciendo:

—Podemos llegar a un acuerdo tú y yo, machote.

Ortigosa suspiró hondo.

—¿Conoces a Mario Carreira?

—Te lo puedo decir si nos sentamos en una mesa y me invitas.

—Dímelo antes.

El individuo dejó escapar una suave risita.

—¿Me crees idiota, machote? Puedo ser maricón, pero no tengo un pelo de tonto. Además...

—¿Qué?

—Me gustaría saber qué tiene ese asqueroso de Mario que no tenga yo. Se ve que no lo conoces. En nuestra profesión todavía hay clases y ese desgraciado...

Ortigosa lo sujetó con fuerza del hombro y lo arrojó a un lado. Luego siguió su camino sin preocuparse del estrépito que producía el tipo al caer sobre una mesa ocupada por un hombre y una mujer. El hombre le sacudió un mamporro quitándoselo de encima. Y nadie prestó la menor atención al incidente.

Debían de estar acostumbrados a ellos.

El joven llegó junto a la barra y un barman de roja chaquetilla y mirada cansina le preguntó como si lo conociera de toda la vida:

—¿Te pongo un petardo?

—Si me pones un petardo te caes con todo el equipo.

El camarero arqueó las cejas, extrañado.

—¿De dónde has salido tú, chico?

—De un sitio parecido al que saliste tú, pero mucho más honrado. Sírreme una cerveza con un chorrito de coñac.

—Como quieras.

Ortigosa echó una ojeada a ambos lados mientras el fulano encogía los hombros y se ocupaba de servirle lo pedido. A su derecha había una provocativa rubia sosteniendo un vaso medio vacío en la diestra. Se hallaba sentada en uno de los altos taburetes y cruzaba las piernas despreocupadamente enseñándolas casi en su totalidad.

Largas y bien torneadas.

A la izquierda de Ortigosa había un buen trecho despejado.

La rubia percibió en el acto la mirada del mexicano y no perdió tiempo en intentar el ligue. Levantando el vaso medio vacío puso en los labios su mejor sonrisa.

—¿Me invitas a una copa, encanto?

Ortigosa la miró detenidamente. No tendría más de treinta años aunque aparentaba haberlos dejado atrás hacía mucho tiempo. El largo escote en forma de uve enseñaba sin recato un ochenta por ciento de los generosos senos. Todo en ella era exuberante.

Y además parecía simpática.

Pero ante el descarado examen de Ortigosa, rezongó molesta:

—¿Te gusta lo que ves?

El mexicano cabeceó, despacio.

—Y lo que se imagina.

—Lo que se imagina vale dinero.

—Cosa lógica tratándose de ti, nena.

Ella frunció los labios ligeramente.

—¿Eso es un reproche?

Ortigosa encogió los hombros.

—¿Qué te puede importar la opinión de un extraño?

Hubo una corta pausa y preguntó la rubia, volviendo a la carga:

—¿Puedo tomar, entonces, esa copa?

—Adelante.

El barman llegaba en aquel momento con la bebida de Ortigosa y la mujer le hizo una señal.

—Lo mismo de antes, Carlos.

—Esta noche te estás pasando, Sandra —chasqueó la lengua el sujeto de la barra—. A Joao no le gustará...

—Lo que yo haga es cuenta mía —lo cortó la rubia con una llameante mirada—. Tú no te metas en mis asuntos.

—Si lo hago es por tu bien, Sandra. No te conviene...

—Olvida lo que me conviene, ¿quieres? Soy mayorcita y puedo cuidarme sola.

El barman compuso una mueca.

—Luego no digas que no te avisé.

Entonces intervino Ortigosa alargando el brazo y sujetando la muñeca del tipo por encima del mostrador.

—Ya has escuchado a 1ª señorita, Carlos. Desea beber lo mismo de antes.

La primera intención del camarero fue desprenderse bruscamente de la mano del mexicano. Pero la férrea presión de los dedos de éste y la helada entonación de su voz, lo hizo desistir. Después de unos instantes de tensión, dijo sumiso:

—Se lo serviré enseguida, señor.

Ortigosa esbozó una leve sonrisa.

—Así me gusta, Carlos. Lleva la bebida de Sandra a una de las mesas del fondo.

—Descuide, señor.

Sandra no ocultó su satisfacción viendo que Ortigosa infundía respeto al barman. En aquel lugar no era un hecho frecuente. Carlos se sabía bajo la protección del déspota Joao Sousa y éste era temido por los clientes habituales del tugurio.

Pero siempre hay excepciones y el mexicano estaba demostrándolo.

Por eso no tuvo inconveniente en acompañarlo a una de las mesas situadas en el fondo del local. Tuvo consciencia de los contratiempos que su acción podía acarrearle, pero en aquellos momentos no le importó en absoluto. Valía la pena correr algún riesgo con tal de estar en compañía de un hombre como aquél.

Tan pronto hubieron tomado asiento en los pequeños taburetes que circundaban la diminuta mesa, dijo Ortigosa:

—Me gustaría hacerte unas preguntas, Sandra.

Ella lo miró en silencio sin comprometerse a nada.

Ortigosa esperó unos instantes y continuó en tono pausado:

—No quiero decepcionarte, en serio. Te encuentro muy atractiva y puedo asegurarte que me gustaría conocerte más a fondo —hizo un corto inciso y agregó, poniendo gran énfasis en la entonación—: Lo que pasa es que me encuentro en un apuro y tú puedes ayudarme.

Sandra arrugó el ceño ligeramente.

—¿Por eso me has traído a esta mesa?

—Bueno... —titubeó el joven—. Se trata de un asunto confidencial y es preferible que nadie escuche.

—¡Pues sí que estamos bien! —exclamó la rubia un tanto decepcionada a pesar de todo—. Yo que había creído cautivarte...

—No te equivoques —la atajó Ortigosa, haciendo un ademán—. En otras circunstancias sería distinto, porque te sobra atractivo para fascinar al tipo más reactivo.

Sandra forzó una sonrisa.

—Se agradece el galanteo, hombre.

—Es la pura verdad.

Hubo un corto silencio y lo rompió ella inquiriendo:

—¿Qué quieres de mí, en realidad?

Ortigosa la miró fijamente a los ojos y no vaciló.

—Necesito ver a un individuo llamado Mario Carreira.

Como no dejaba de escrutarle el rostro mientras hablaba, pudo ver Ortigosa que las mejillas femeninas palidecían súbitamente. Y en los ojos de Sandra hubo un destello de miedo que no le pasó desapercibido.

Durante largos segundos no dijo nada.

Ortigosa respetó su silencio.

Finalmente habló Sandra en tono cauteloso, quedo:

—Tendrás problemas con Mario Carreira.

—Es posible —admitió el joven, encogiendo los hombros—. Pero es necesario que me entreviste con él.

La mujer entornó los ojos mirándolo súbitamente interesada.

—No me digas que tienes negocios con Mario.

—Perdona que no te ponga al corriente —dijo, suave, Ortigosa—. Lo que no sepas nunca podrá perjudicarte.

—Comprendo.

Sandra seguía teniendo miedo. No dejaba de mirar en todas direcciones sin preocuparse en disimularlo. Después de cerciorarse de que nadie podía oírla, susurró:

—Aquí no puedo hablar.

—Vamos, Sandra, no debes temer nada mientras esté contigo.

—¿Cuánto tiempo estarás conmigo antes de marcharte? Yo tengo que seguir aquí. Es donde me gano la vida y no puedo dejarlo.

—Ortigosa movió la cabeza, afirmativamente.

—Me hago cargo.

—Sin embargo eso no me preocupa demasiado —dijo Sandra, sorprendiendo al joven—. Mario Carreira es amigo mío. Aunque sea un mal bicho, espero que no me cause ningún daño.

—Si es amigo tuyo...

—Mario es capaz de cortarle el cuello a su propia madre si eso puede beneficiarlo. Por eso no quiero seguir hablando contigo en este maldito tugurio. Si quieres estar en mi apartamento dentro de una hora...

Bruscamente guardó silencio la rubia.

Ortigosa vio que en su semblante se plasmaba una expresión de inusitado miedo. Tenía la mirada puesta en algo que quedaba detrás de él, pero no se giró de inmediato.

Esperó hasta que una voz bronca, dijo:

—Ha llegado la hora de largarse, amigo.

Entonces se volvió despacio Ortigosa encontrándose con dos grandullones que se situaron junto a ellos con las piernas ligeramente abiertas. Los identificó como matones a sueldo del dueño del garito. Gente decidida a romperle el espinazo, si era preciso.

El mexicano levantó el vaso de cerveza que se había llevado con él a la mesa y sonrió inocentemente.

—Todavía no he terminado mi bebida.

El más fornido de los dos matones masculló ásperamente:

—Es una lástima. Vamos, acaba la cerveza de un tirón y lárgate a todo gas.

—Si me la bebo de un tirón me atragantaré.

—Y si no te largas, te atragantaré yo.

Ortigosa no borró la sonrisa de sus labios.

—Me gustaría ver cómo lo haces —invitó, sin levantarse del taburete—. A lo mejor te llevas una sorpresa.

—Sí, ¿eh?

La rubia Sandra se apresuró a huir de allí antes de que empezaran los golpes. Porque estaba demasiado claro que Ortigosa no pensaba marcharse por las buenas.

El matón que llevaba la voz cantante puso una manaza en el hombro del mexicano.

—Es tu última oportunidad, amigo —aseveró torvamente—. Te largas de aquí sin armar alboroto o...

Ortigosa silabeó, tensando los músculos:

—Quítame esa mierda del hombro, cabrito.

El fulano boqueó, asombrado.

Y de pronto tiró con fuerza del hombro haciendo girar al mexicano.

CAPÍTULO X

Ortigosa aprovechó el impulso que le daba el propio matón para levantar la rodilla y estrellársela en el bajo vientre. El sujeto aulló con el rostro desencajado, al tiempo que se encogía hasta quedar postrado a los pies del mexicano.

Éste le descargó un mazazo en la nuca arrojándolo al suelo como si se tratase de una res apuntillada. Después del tremendo castigo quedó fuera de combate.

Su compañero trató de coger por el cuello a Ortigosa.

Y ése fue su error.

Aún no había llegado a rozar la piel morena del mexicano cuando éste disparó la derecha alcanzándolo de lleno en el pómulo. El tipo se puso a oscilar y estuvo a punto de perder el equilibrio. No obstante, logró mantener la vertical y comprendió, a tiempo, que tenía enfrente a un enemigo de cuidado.

Dio un paso atrás y esquivó, por centímetros, la zurda de Ortigosa.

Acto seguido lanzó el pie derecho con malévola intención, pero el mexicano era un veterano de muchas peleas callejeras y adivinó sus propósitos. Saltó a tiempo de eludir la patada y sonrió salvajemente al comprobar que su antagonista quedaba descubierto.

Con fuerza inusitada le clavó la zurda en el hígado.

Cualquier médico hubiera diagnosticado hepatitis aguda, con sólo verle el semblante al matón.

Retrocedió un par de pasos boqueando ansiosamente a merced de Ortigosa. Éste lo siguió y levantando el puño casi desde el suelo lo alcanzó con un gancho terrorífico bajo el mentón, que lo hizo volar literalmente hacia las mesas vecinas.

El estrépito que armó en su caída fue espantoso.

Sin embargo, apenas si pudo escucharse el crujido de una mesa al partirse en dos bajo el peso muerto del matón, porque las mujeres que ocupaban las mesas próximas chillaban histéricamente ahogando con sus gritos el estruendo que se producía en torno a ellas. Los hombres que las acompañaban no reaccionaban a tiempo dada la rapidez con que se desarrollaban los hechos.

En aquella barahúnda, aprovechó Ortigosa el breve respiro de quedarse sin enemigos para echar un vistazo a su alrededor. Y no le gustó en absoluto lo que vio.

Varios mantenedores del orden acudían a paso de carga. Todos eran de fuerte envergadura y a juzgar por la expresión de sus rostros venían a liquidar la cuestión por la vía rápida. Lo que significaba romperle algunos huesos y tirarlo a la calle convertido en un fardo inservible.

La idea no lo entusiasmó.

Y como no estaba dispuesto a dejarse avasallar cogió un taburete por las patas enarbolándolo por encima de la cabeza. A los dos matones más próximos los frenó, estrellándolo contra sus cuerpos. Y a otro que estaba también demasiado cerca, le propinó un patadón en la ingle.

El tipo aulló de dolor empezando a pegar saltos.

Ortigosa no perdió tiempo en abrirse paso hacia la salida y para conseguirlo tuvo que empujar sin miramientos a todo el que se interpuso en su camino. Cuando logró llegar a la puerta que daba a la calle, después de dejar una tremenda barahúnda a su espalda, se vio frente a un energúmeno uniformado.

El fornido portero lo esperaba con una mueca de malévolo sadismo plasmada en el achatado semblante de boxeador.

Ortigosa pensó que los otros matones se hallaban demasiado cerca para andarse con noblezas. Y sin pensarlo dos veces le pegó un veloz patadón entre las piernas. La puntera del zapato llegó, con precisión, a su destino, y el portero del tugurio se inclinó bruscamente hacia adelante al tiempo que lanzaba un alarido.

El mexicano pasó jadeando entrecortadamente y lanzó una rápida mirada a ambos lados de la calle. Estuvo unos instantes sin decidir en qué dirección emprendía la huida.

Detrás de él se escuchaban gritos cada vez más cercanos.

Y ya se disponía a salir corriendo, cuando un coche se detuvo

bruscamente junto al bordillo.

—¡Suba al coche, Kette!

Ortigosa respingó, sobresaltado.

Miró, receloso, al hombre que manteniendo el motor del coche en marcha, seguía invitándolo a subir con enérgicos ademanes.

El mexicano pensó que no tenía muchas alternativas. O subía al coche o tendría que enfrentarse a los matones del garito que no tardarían en asomar por la puerta.

Se decidió por lo primero.

A grandes zancadas dio la vuelta al vehículo y se introdujo en él por la puerta que el mismo conductor le mantuvo abierta. Tan pronto se hubo sentado junto a éste, pegó el coche un salto hacia adelante con un tremendo rugido del motor.

Los neumáticos chirriaron arañando el asfalto como consecuencia de la rápida aceleración. El coche se convirtió en un bólido lanzado a la máxima velocidad. El conductor miró por el retrovisor y emitió una suave risita.

—Hemos escapado justo a tiempo, ¿eh, Kette?

Ortigosa no contestó.

Seguía resollando con dificultad.

Pero en cuanto hubo acompasado el ritmo de su respiración se giró en el asiento escrutando el perfil del tipo que conducía.

—¿Quién diablos es usted, amigo?

El otro siguió riendo bajito sin apartar la mirada del parabrisas.

Durante largos segundos continuó conduciendo con evidente soltura a pesar de la creciente velocidad del vehículo. Finalmenteladeó la cabeza mirando brevemente a Ortigosa.

—Preguntó por mí a Sandra, ¿no? —dijo en tono quedo—. Me llamo Mario Carreira.

* * *

Después de la revelación se mantuvo Ortigosa silencioso. Y al prolongarse la pausa, comentó Carreira:

—No parece sorprendido, Kette.

El mexicano encogió los hombros.

—Tengo decidido no sorprenderme de nada.

—Ya.

—Pero no me gusta que anden a tiros conmigo. Quizá usted me

aclare eso.

Carreira arqueó las cejas burlonamente.

—¿Acaso supone que nosotros hemos intentado eliminarlo?

—Si estuviera seguro lo estrangularía aquí mismo —contestó Ortigosa, áspero—. Aunque nos estrellásemos.

—Es usted un tipo peligroso, ¿eh?

—No haga que se lo demuestre.

—Vamos, Kette —chasqueó la lengua Carreira—. Un poco de formalidad, hombre.

Hizo un corto inciso y preguntó a continuación:

—¿Me dice ahora por qué me buscaba?

—Creo que ya lo sabe.

—¿Quiere ver a Vodnik?

La pregunta había sido demasiado directa. No había duda de que Mario Carreira lo identificaba como Jenko Kette. Ortigosa pensó que debía seguir representando su papel hasta donde le fuera posible. Dando una cabezada, masculló ceñudo:

—Vodnik ha hecho que los capitalistas yanquis me traigan a Lisboa y quiero saber sus motivos.

—¿Le dijeron los norteamericanos que Vodnik deseaba verlo aquí?

Ortigosa meditó unos segundos la respuesta.

Debía andarse con cautela.

—Más o menos.

—Comprendo.

Hubo una corta pausa y la rompió Carreira preguntando:

—¿Cómo ha logrado escapar de los norteamericanos, Kette? Tienen algunos defectos, pero no el de la ingenuidad.

—Los sorprendí cuando el coche donde me llevaban se detuvo ante un semáforo.

—¿Se dejaron sorprender tan fácilmente?

—Soy un hombre de reacciones rápidas.

—Es posible que diga la verdad.

—Escuche, Carreira —espetó el mexicano bruscamente—. Me importa un bledo que me crea o no. Si sospecha que esos cerdos se están sirviendo de mí manteniéndome vigilado, tendrá que comprobarlo usted por sus propios medios.

Mario Carreira asintió moviendo la cabeza despacio, mientras en

sus labios se dibujaba una tenue sonrisa.

—Eso es exactamente lo que pienso hacer.

En los primeros momentos el auto había rodado a toda velocidad sobre el asfalto, alejándose cada vez más del garito. Pero ya hacía unos instantes que su marcha era moderada. Sin embargo, apenas acabó de pronunciar Carreira la última palabra, pisó a fondo el acelerador.

Un brusco salto hacia adelante sacudió toda la carrocería.

Ortigosa se sobresaltó, pero no dijo nada.

Durante más de cinco minutos, el coche voló literalmente por las calzadas húmedas y resbaladizas de las calles y avenidas del centro de la ciudad. Estaban corriendo un gran peligro y fue extraño que un guardia de tráfico no los detuviera. En Lisboa, como en todas las ciudades, escasean los policías municipales durante la noche.

Cuando más falta hacen.

Carreira no dejó de mirar por el espejo retrovisor mientras hacía maniobras extrañas. Frenaba inesperadamente y enseguida cambiaba el sentido de la marcha, introducía el coche por angostas callejuelas que desembocaban en otras más anchas, dio dos vueltas consecutivas a una plaza, pasó un par de semáforos en rojo...

Parecía haber enloquecido, de repente.

Finalmente aminoró la velocidad y enfíló una calle descendente en dirección a la bahía. Y mirando de soslayo al mexicano, sonrió con suavidad.

—Creo que no nos siguen, Kette.

—Yo me cago en sus muertos, Carreira —farfulló abruptamente Ortigosa—. ¿Tenía necesidad de hacer todo eso?

—Usted desea entrevistarse con Vodnik, ¿no?

—¿Otra vez la misma pregunta? Ya le he dicho...

—De acuerdo, de acuerdo —sacudió la cabeza Mario Carreira, cortando la protesta airada del mexicano—. Pero yo cobro por cerciorarme de que no existe peligro.

—Supongo que ha quedado convencido.

Carreira esbozó una burlona sonrisa.

—Lamento de veras haberlo asustado, Kette.

Ortigosa se abstuvo de decir que no lo creía. Aunque sentía vehemente deseos de estrujarle el cuello al fulano, comprendió que no debía perder los estribos. Mario Carreira era posiblemente la

única persona que podía conducirlo a Vodnik.

Y el espía yugoslavo representaba el objetivo final.

Por eso tenía que seguir soportando las guarradas del fulano que estaba sentado a su lado.

Ya llegaría la hora del desquite.

De modo que guardó silencio, mientras Carreira seguía conduciendo hacia la bahía. Tampoco éste mostró ganas de hablar. El vehículo siguió su marcha sin que ninguno de los dos despegara los labios. Cada uno enfrascado en sus propios pensamientos.

Después de unos minutos lo metió Carreira en un callejón deteniéndolo frente a una enorme puerta metálica de superficie ondulada. Ortigosa observó que el lugar estaba deficientemente alumbrado. Al parecer, se trataba de una zona destinada a grandes locales que servían para almacenar toda clase de mercancías.

En el ángulo inferior derecho de la gran puerta metálica se enmarcaba otra más pequeña. Carreira quitó el contacto y se la señaló a Ortigosa diciendo:

—Entre ahí, Kette.

El mexicano no se movió del asiento.

—¿Por qué tengo que entrar?

Carreira lo miró, enarcando las cejas.

—¿Bromea? —inquirió un tanto sorprendido—. Tiene que entrar, porque ahí lo espera Vodnik.

—¿Cómo puedo estar seguro de que está diciendo la verdad?

—Sólo porque yo se lo digo, Kette.

Ortigosa imprecó una maldición entre dientes.

—Este sitio no me gusta nada.

—¿Qué quería? —reprochó, fastidiado, Carreira—. Seguro que hubiera deseado verse con Vodnik en una concurrida cafetería del centro, ¿eh? Pero esto es lo que hay, Kette.

—Estoy oliendo una asquerosa trampa.

Mario Carreira encogió los hombros, displicente.

—Lo toma o lo deja.

Ortigosa crispó los maxilares silabeando en tono amenazador:

—Si me la está jugando, juro que se lo haré pagar caro, Carreira. No podrá escapar de mí.

—Deje las amenazas —pidió con una burlona sonrisa £ flor de labios Carreira—. Si tiene miedo pongo el coche en marcha y lo

llevo de regreso a donde quiera. En todo caso es su problema.

El mexicano no respondió.

Después de meditarlo unos instantes descendió del coche sin hacer ningún comentario. Lentamente se aproximó a la puerta indicada por Carreira y observó que estaba entreabierta. Vaciló ligeramente, con la mano apoyada en la plancha metálica.

Giró la cabeza mirando a Carreira, pero debido a la escasa visibilidad reinante en el callejón no pudo verle el rostro. Por eso le fue imposible distinguir la siniestra expresión que se reflejaba en él. Como si esperase algo que debía suceder, con morbosos anhelo.

Bruscamente se decidió Ortigosa y empujó la puerta entrando en el almacén.

Aquello era un pozo de tinieblas.

Y en alguna parte, protegido por las sombras, se hallaba el espía yugoslavo esperándole.

CAPÍTULO XI

Por el rectángulo de la puerta apenas si penetraba la claridad suficiente para dejar en penumbra un radio de varios metros por delante de Ortigosa. El resto quedaba envuelto en impenetrables tinieblas. Pero el mexicano vislumbraba ante sí grandes masas donde la oscuridad se hacía más densa y que seguramente eran cajas de embalajes, estibadas.

El local daba la impresión de ser inmenso.

Ortigosa dejó la puerta abierta y dio un par de pasos al frente deteniéndose a continuación. Esperó a que sus pupilas se dilatasen habituándose a las sombras que lo rodeaban.

Entonces, mientras intentaba penetrar las tinieblas con la mirada, un rayo de luz rasgó la oscuridad partiendo de su derecha y cayendo de lleno sobre su figura. La primera reacción del mexicano fue la de cubrirse los ojos con el antebrazo protegiéndose del cono de cegadora luz.

En aquella postura permaneció inmóvil.

Y después de una suave risita oyó que alguien empezaba a hablar, protegido por las sombras:

—Al fin nos encontramos frente a frente, ¿eh, Jenko? Los cinco años transcurridos me han parecido siglos, esperando este momento. He llegado casi a enloquecer pensando que jamás podría tenerte delante de mí.

Hubo una corta pausa y siguió la voz:

—¿Llegaste a pensar que mi vida acabaría en Siberia? Sí, seguro que eso era lo que esperabas. Pero debiste pensar que el viejo Vodnik está capacitado para salir airoso de cualquier situación, por muy peligrosa que sea. Reconozco que tu maldita delación llegó a complicarme mucho la existencia. Pero me bastaba con pensar en ti

para sacar fuerzas y poder resistir todo cuanto me hicieron.

Ortigosa no entendía nada de cuanto escuchaba. Sólo podía percibir la rencorosa entonación.

Le estaban hablando en yugoslavo.

Y como el mexicano se mantuvo silencioso, continuó diciendo la voz:

—Menospreciaron mi inteligencia y eso fue un error. Conseguí escapar de Siberia y tuve que esconderme varios meses. Afortunadamente, aún tengo buenos amigos. Me dijeron que habías sido capturado por los norteamericanos y que te habían ejecutado. Pero yo no lo creí. No podía admitir que jamás podría vengarme de tu canallesca acción. Por eso he continuado trabajando incansablemente, urdiendo un plan que acabara de ponerte sin ventaja delante de mí.

Una nueva pausa y siguió la voz en tono cada vez más excitado:

—Ahora quiero verte de rodillas y escuchar cómo suplicas por tu maldita vida, Jenko Kette.

Ortigosa continuó inmóvil.

No entendía nada.

La voz volvió a escucharse vibrando de cólera:

—¡Suplica por tu vida, Jenko!

El mexicano no comprendía nada de nada, pero estaba seguro de que algo no marchaba bien. A juzgar por el tono excitado del tipo que le chillaba desde las sombras, tenía la intuición de que su vida corría peligro.

Un peligro inminente.

—¡Te estoy apuntando con una pistola, Jenko! —Tornó a gritar, el otro, en yugoslavo—. ¡Suplica por tu vida o empezaré por meterte un balazo en cada pierna!

Ortigosa sabía que su vida estaba en juego. Tenía que hablar con Vodnik y averiguar su juego. Por eso se aventuró a decir en su pésimo inglés:

—Oiga, Vodnik, será mejor que tratemos de entendernos. No comprendo su idioma y, por lo tanto, es inútil que siga hablándome en él. Le sugiero que me lo explique todo en inglés.

Después de las palabras de Ortigosa se hizo un silencio impresionante en el almacén. El haz de luz seguía fijo en la figura del mexicano y éste escuchó un fuerte resuello.

Luego, la voz gritó en inglés:

—¡Tú... tú no eres Jenko Kette!

—Puede estar seguro de eso, Vodnik —dijo Ortigosa—. Su compañero murió hace tiempo.

—¡Mentira!

Ortigosa respiró hondo.

—Le estoy diciendo la pura verdad, Vodnik —empezó a decir, calmoso—. Su compañero nunca hubiera podido acudir a la cita. Si tenía algo contra él será mejor que lo olvide, porque ya ha pagado. Pero eso no impide que podamos realizar la transacción. Lo único que me molesta es que por dos veces han intentado...

El mexicano fue interrumpido por una retahíla de imprecaciones, pronunciadas en yugoslavo. Luego, la voz del espía se escuchó en inglés conteniendo a duras penas la ira que lo dominaba:

—Han intentado jugarme una mala pasada y lo van a pagar caro.

—Espere, Vodnik.

—¡Malditos yanquis!

—No es lo que piensa, Vodnik —arguyó Ortigosa—. Comprenda que Jenko Kette no podía venir. Según como se mire soy yo el que debería estar cabreado con usted...

—Debí suponer que intentarían engañarme. Siempre he sabido la clase de cerdos que son los capitalistas yanquis.

—¿Yo capitalista yanqui? —rió, sin ganas, el mexicano—. Santa Lucía le conserve la vista, amigo. Mire, Vodnik...

Ortigosa se interrumpió porque acababa de escuchar el clásico chasquido de una pistola al ser montada. Sin detenerse a pensarlo se lanzó en zambullida al suelo y rodó sobre sí mismo hacia una de las zonas en tinieblas.

Y lo hizo justo a tiempo.

Un cárdeno fogonazo brotó de la oscuridad al tiempo que un estampido crepitaba en el almacén. Ortigosa sintió el silbido aullante de la bala sobre el lugar que ocupaba décimas de segundo antes.

Vodnik pareció adivinar la dirección en que iba a saltar, ya que volvió a disparar y esta vez el proyectil se clavó, con seco impacto, en la madera de un gran cajón tras el que se había refugiado

Ortigosa. Apoyadas las manos planas en la caja de embalaje, permaneció el mexicano inmóvil.

Sólo unos segundos.

Enseguida comenzó a deslizarse hacia el fondo del almacén procurando no hacer ruido. Mientras tanto, el haz luminoso de la potente linterna que mantenía encendida Vodnik, se movía incesantemente buscándolo. Eso resultó, a fin de cuentas, una ventaja para Ortigosa, ya que le permitió alejarse cada vez más de la luz.

Durante más de un minuto se deslizó a cuatro patas serpenteando entre las cajas. De vez en cuando se detenía y trataba de localizar a Vodnik agudizando el oído.

La pistola del espía no volvió a disparar.

Incluso se apagó la linterna y reinó la oscuridad más absoluta. El yugoslavo también había comprendido la ventaja que le daba a su antagonista.

Ortigosa compuso una mueca y sus dientes destellaron fugazmente en la sombra. Aquello pasaba a ser una cacería en toda regla. Y el que lograra temblar sus nervios tendría mayores probabilidades de sobrevivir al otro.

Iba a resultar apasionante.

Su instinto de luchador hizo que se olvidara de todo. Ni siquiera recordó que, eliminando al espía yugoslavo, Saxfield y sus agentes se quedarían sin la información que con tanto empeño deseaban.

Al diablo con ellos.

Ahora sólo existían dos alternativas; cazar o ser cazado. Eran como animales acechando a su presa.

Una presa que, a su vez, también podía atacar y matar.

Fascinante.

El rectángulo de amarillenta luz que penetraba por la puerta todavía abierta, dejaba en penumbra gran parte del almacén. Se podía distinguir perfectamente la silueta de los enormes cajones y fardos estibados. Ortigosa comenzó a deslizarse con el mayor sigilo hacia el lugar de donde habían partido los disparos.

Pero tan pronto hubo recorrido seis o siete metros, se detuvo agazapándose junto a unos fardos. Era preferible esperar a Vodnik, en lugar de salirle al encuentro. Las ventajas estarían de su parte si tenía la suficiente paciencia.

Pegado a los fardos, procurando que su silueta no se recortara contra la luz que entraba por la puerta, se convenció a sí mismo de que no tenía ninguna prisa.

Los minutos transcurrieron lentamente.

Aquella situación podía prolongarse durante horas si Vodnik adoptaba la misma táctica que Ortigosa. Y a juzgar por el silencio que imperaba en el almacén, me debía estar ocurriendo. Porque el mexicano no lograba escuchar nada en absoluto, a pesar de que agudizaba el oído intentando captar el menor roce que se produjera.

Era cuestión de saber cuál de los dos aguantaría más.

Por su parte, Ortigosa se repetía, una y mil veces, que moverse de allí significaba dar ventaja a su enemigo.

Siguió aguardando pacientemente.

Y por fin, su espera se vio coronada por el éxito. Al principio sólo pudo captar un leve roce a su izquierda. Después, moviéndose con desesperante lentitud, vislumbró que un bulto se arrastraba por el suelo en dirección a él.

Allí estaba Vodnik.

Ortigosa tensó los músculos permaneciendo tan inmóvil como un animal depredador antes de lanzar su mortífero ataque. Con una mueca de salvaje regocijo dibujada en el semblante, vio que su antagonista se acercaba por un pasillo abierto entre los cajones.

Esperó a que estuviese más próximo a él.

Y cuando consideró que podía caer sobre Vodnik, distendió velozmente el cuerpo y saltó hacia el espía. La pistola que éste tenía en su poder era la mayor preocupación de Ortigosa. Por eso, tan pronto le fue posible, buscó el brazo armado y lo aferró de la muñeca.

Ambos hombres rodaron por el suelo.

De la garganta de Vodnik se había escapado una exclamación de sorpresa, pero enseguida se rehízo y lanzó varios zarpazos con la mano libre intentando desesperadamente alcanzar a Ortigosa. Éste encajó un tremendo golpe junto al cuello.

Pero no soltó la muñeca de Vodnik.

Sus cuerpos chocaban, una y otra vez, contra los cajones.

Resollaban ruidosamente.

El mexicano dedujo que el espía yugoslavo era un tipo de envergadura, porque no conseguía inmovilizarlo a pesar de todos

sus esfuerzos. Daba la impresión de que las fuerzas estaban niveladas y la lucha podía prolongarse en demasía. Hasta que uno de los dos contendientes acusara el lógico agotamiento.

Ortigosa pensó que eso no le convenía.

Vodnik podía ser más fuerte que él y decidir la pelea a su favor.

Entonces decidió recurrir a las tretas barriobajeras, sin importarle en absoluto que no fueran nobles. Paulatinamente empezó a ceder en sus forcejeos dando la sensación de que acusaba el esfuerzo. Aquello enardeció a Vodnik, y de su garganta salieron jadeantes palabras en yugoslavo que Ortigosa no pudo entender.

No hacía falta ser un lince para comprender el júbilo del espía.

Que duró escasos segundos.

Porque Ortigosa levantó súbitamente la rodilla en briosa e inesperada reacción, alcanzándolo en el costado derecho. Vodnik aulló de dolor apagando el ruido de huesos rotos. No obstante, debía de ser un fulano de extraordinaria vitalidad, ya que el mexicano apenas si notó que cediera en su forcejeo.

Por dos veces consecutivas repitió Ortigosa el rodillazo.

Y la segunda vez logró su propósito.

El cuerpo de Vodnik se contorsionó y de sus labios se escapó un ronco gemido. Durante unos instantes quedó desmadejado y a merced de Ortigosa. Éste no dejó escapar la oportunidad y se puso de rodillas lanzándole un par de puñetazos al cuerpo.

Y ése fue su error, puesto que inconscientemente soltó la mano. A pesar de que se encontraba maltrecho, éste tuvo el sentido común y las fuerzas necesarias para rodar sobre sí mismo alejándose del mexicano.

Hasta aquel momento habían sostenido un salvaje cuerpo a cuerpo en el suelo. Cada uno de ellos había tratado de inmovilizar al otro con brutales golpes de todos los calibres. Sin embargo, la situación era distinta, ahora.

Vodnik, aunque a punto de perder el conocimiento, empuñaba una pistola y estaba libre de las zarpas de Ortigosa. Fue casi un reflejo muscular lo que hizo que apretara el gatillo del arma.

El mexicano quedó deslumbrado por el fogonazo.

Y en el mismo instante sintió un fuerte golpe en el pecho. Un ardiente dardo estaba penetrando en sus carnes produciéndole un insoportable dolor. La vista se le nubló y empezó a perder la noción

de lo que sucedía a su alrededor.

Se hundía, sin remedio, en un pozo de tinieblas.

No obstante, sacudió la cabeza y sacando fuerzas de lo más recóndito de su ser, saltó sobre Vodnik.

La pistola del espía volvió a crepitar.

Ortigosa tuvo la impresión de que le estallaba la cabeza.

Un velo rojo cubrió sus ojos y se desplomó sobre Vodnik debido al impulso que llevaba. Tuvo conciencia de que se estaba muriendo y lo último que percibió, fue un nuevo estampido.

Luego, el vacío total.

CAPÍTULO XII

Su cuerpo se mecía sobre las olas de un mar embravecido. Y, milagrosamente, no se hundía. Se sentía incapacitado para discernir por qué se hallaba en aquella extraña situación. Su cerebro estaba lleno de algodón y lo único que podía recordar era que había muerto estúpidamente a manos de Vodnik.

Pero si después de muerto, tienen que darle a uno un baño...

La voz de San Pedro empezó a escucharse... No, no podía ser San Pedro el que le hablaba, porque un santo tiene la obligación de portarse como lo que es y no como un energúmeno.

Y el tipo que estaba a su lado era un grosero miserable.

—Vamos, sólo tiene un surco en el cuero cabelludo y un hombro atravesado.

Ortigosa siguió tratando de recordar y de nuevo se dejó oír la voz:

—Es usted un imbécil, Ortigosa. Deje ya de hacerse el muerto, porque el doctor asegura que ninguna de las dos heridas reviste gravedad. Debo explicarle unas cuantas cosas y, después, no quiero volver a verlo jamás. Conque será mejor que abra los ojos y me escuche.

No tuvo dudas sobre la identidad del fulano que le hablaba.

Era Saxfield.

Intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban como el plomo y sólo pudo conseguirlo a medias. Lo suficiente para distinguir borrosamente al jefe de la CIA.

Que al darse cuenta de que lo estaba escuchando, siguió diciendo:

—Usted se jacta de ser un veterano del amor y de la guerra, pero sólo es un maldito imbécil. Su indisciplina ha podido costarnos cara.

Si ese Vodnik hubiese tenido, en verdad, una importante información que vendernos... Todo ha sido falso y ésta es su suerte, Ortigosa. En caso contrario, le hubiera arrancado la piel a tiras por su estupidez. Y ahora voy a perderlo de vista para siempre.

En cuanto terminó sus duras palabras se fue Saxfield.

Ortigosa quiso echar un vistazo a su alrededor, pero sintió una fuerte punzada en la cabeza y tuvo que desistir. Sabía que yacía en una pequeña litera y que ésta colgaba de una pared arqueada. También observó que se encontraba en un reducido recinto de forma tubular.

A sus oídos llegaba un fuerte sonido similar a un ronco silbido constante.

De pronto se encontró con que Ruth Hamilton estaba a su lado y lo miraba sonriendo abiertamente.

Clavando los ojos en ella, movió varias veces los labios hasta conseguir formular una pregunta:

—¿Dónde estamos?

Ella cogió entre sus manos la diestra de Ortigosa y la oprimió suavemente.

—Un reactor nos lleva de regreso a los Estados Unidos.

Ortigosa respingó y sintió que miles de alfileres se le clavaban despiadadamente en la nuca.

Antes de que pudiese protestar, se le anticipó la muchacha:

—Tu miedo a los aviones es absurdo, cariño. El doctor que te reconoció dijo que las heridas carecen de importancia.

Pero me sentiré mejor cuando estés en uno de nuestros hospitales.

Ortigosa compuso una mueca.

—Saxfield parece lamentar que mis heridas no sean graves.

—Debes perdonar su dureza —dijo Ruth—. Después de todo, es natural que esté enfadado.

—Oye, encanto...

—Vodnik nos tomó el pelo. En realidad, no tenía ningún secreto importante que vendernos. Ignoramos cómo lo consiguió, pero lo cierto es que entregó a nuestro agente de Lisboa indicios de un proyecto ruso que resultaba muy interesante para nosotros. Y utilizó esos informes para sus propósitos. Según parece, Jenko Kette lo había traicionado y Vodnik quería vengarse de él.

—Y casi lo logra al tercer intento.

—Vodnik no tuvo nada que ver con los atentados. Todo fue obra de Mario Carreira. El propio Vodnik nos confesó que estuvo a punto de matar a Carreira cuando se enteró de su iniciativa. Manifestó que deseaba liquidar su cuenta personalmente.

Ortigosa torció el gesto.

—Supongo que habrá quedado convencido de la muerte de Kette.

—Eso imaginamos.

—Y que estará a buen recaudo.

—No —sacudió la cabeza Ruth—. Saxfield tuvo una larga conversación con él y luego lo dejó en libertad.

Ortigosa frunció el ceño.

—¿Que lo dejó en libertad?

—No temamos nada contra él, aparte de todo el gasto que nos ha ocasionado. Vodnik propuso algo a Saxfield y éste aceptó. Después de todo es posible que todavía se le pueda sacar provecho a ese hombre.

—Pero...

Ruth se inclinó sobre la litera y lo obligó a guardar silencio besándole en los labios. Después dijo, risueña:

—Lo importante es que llegamos a tiempo de impedir que Vodnik te matara. El viejo anticuario nos informó de la relación que existía entre Carreira y Vodnik. Tuvimos suerte, localizando enseguida a Carreira y pusimos un diminuto emisor en su coche. De esa forma pudimos seguirlos sin despertar sospechas.

—Ya.

Se hizo una pausa y preguntó Ortigosa:

—¿Crees que Saxfield pagará los veinte mil que me prometió?

Ruth pensó unos segundos la respuesta.

—Supongo que intentará rebajar algo.

—Si por lo menos paga diez de los grandes...

—Ni hablar —lo interrumpió Ruth con firmeza—. Para empezar nuestro matrimonio en aceptables condiciones económicas, necesitamos esos veinte mil dólares.

Ortigosa parpadeó asombrado.

—¿Has dicho... matrimonio?

—Exactamente —asintió la muchacha envolviéndolo en una

cálida mirada—. Nos casaremos tan pronto puedas tenerte en pie, mi amor.

Al terminar de hablar se inclinó otra vez sobre la litera y lo besó largamente.

Ortigosa sintió que la sangre galopaba por sus arterias.

Ruth se separó unos centímetros e inquirió en tono quedo:

—¿Tienes algo que objetar?

—Que me gustan con delirio tus besos.

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.